

MIRADAS ROTAS



Alejandro Berraquero

Miradas rotas

PERIPECIASLIBROS

© Alejandro Berraquero

© 2015, Ediciones Presea, S.L.

Maquetación y diseño de cubierta:
Antonio Santos

ISBN: 978-84-943595-5-2
Depósito Legal: CA-193-2015

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A esa persona que sabe quién es



PRÓLOGO

Estas páginas contienen treinta y dos relatos organizados por parejas, de tal manera que, si se tratase de una moneda, uno de ellos sería la cara y el otro la cruz. Cada par versa sobre un tema, otorgando dos puntos de vista bastante contrapuestos sobre temáticas muy variadas que abarcan desde el amor hasta el Alzheimer, pasando por la violencia, el aborto, los desahucios... en resumen, son miradas de personas que probablemente tengan nombre y apellidos, y que ven como su vida se rompe como si de un plato se tratase.

Espero que disfrutes con esto tanto como yo lo he hecho durante tantas y tantas horas frente a un folio en blanco.

Un abrazo, porque aunque no te conozca, cuando leas la última página sabrás cómo soy mejor que yo mismo.

Hasta que se colapse la inspiración.



ÍNDICE

Felicidad	11
Cara	11
Cruz	12
Soldaditos de Plástico.....	15
Cara	15
Cruz	17
Gorda	20
Cara	20
Cruz	22
Colores	26
Cara	26
Cruz	28
Abrázame Fuerte.....	30
Cara	30
Cruz	31
Aborto	33
Cara	33
Cruz	34
Anestesia	40
Cara	40
Cruz	41

Se Vende	45
Cara	45
Cruz	50
Platos Rotos.....	52
Cara	52
Cruz	54
Mamá.....	56
Cara	56
Cruz	57
Socorro	61
Cara	61
Cruz	67
Horóscopo.....	72
Cara	72
Cruz	75
Magia	78
Cara	78
Cruz	79
Estés donde estés	84
Cara	84
Cruz	85
Fumar Mata.....	88
Cara	88
Cruz	91
No te olvides	94
Cara	94
Cruz	97
Agradecimientos	101

FELICIDAD

No importa si el cielo estalla de repente
Esta noche estamos vivos y con eso es suficiente.

Sharif

Cara: Cuatro

No sé si es algo que recuerdo de primera mano, si me lo contaron y lo he adquirido como recuerdo propio o si simplemente me lo he inventado; pero poco antes de uno de los mejores momentos de mi vida estaba jugando en la alfombra del salón con mis monstruitos de juguete. Tendría tres o cuatro años.

Mi entretenimiento consistía en escenificar la batalla entre un bando y otro de guerreros, siendo los que más me gustaban, el bando de los buenos y los que menos, el de los malos, pero siempre intentando que la contienda estuviese equilibrada. Contraatacaban mis favoritos cuando mis padres me llamaron desde la cocina. No tenía hambre, así que hice caso omiso. ¿Para qué me iban a llamar si no? Les ignoré y continué matando malos de juguete mientras hacía onomatopeyas con la boca.

Supongo que al esperar un rato y no llegar, mis padres se dieron cuenta de que había hecho oídos sordos, así que la voz de mi padre volvió a resonar en la casa con un claro mensaje:

–Pablo ven, tenemos que darte una noticia.

No estaba enfadado, su tono era tentador, y no pude resistirme. Dejé al héroe a punto de entrar en la fortaleza enemiga para ganar la guerra y me dirigí como una bala a la cocina.

Mi madre estaba sentada en una silla y mi padre detrás, con sus manos sobre sus hombros. Estaba gorda. Muy gorda. No sé si es porque no paraba de comer, ya que en nuestra nueva casa cabía más comida y podía disfrutarla o para que yo mismo no me sintiese rellenito, pero en los últimos meses el tamaño de su barriga había aumentado considerablemente. Sin embargo, cuanto más aumentaba más feliz era, y eso me resultaba contradictorio. Habría que incitarla a hacer más deporte, tanta grasa no podía ser sana.

Mientras me miraban, ambos tenían una gran sonrisa. El que habló fue mi padre.

–Pablo, ¿Qué te parecería tener un hermanito?

Yo pegué un bote de alegría. ¡Por fin podría jugar con alguien a las batallas de monstruitos, al fútbol, al baloncesto...! ¡Se acabó estar solo!

Al fin sabría lo que es la felicidad, ya que si ésta no la compartes, no vale nada.

–¡Yo quiero uno! –contesté.

Ellos se rieron y me hicieron un gesto para que me acercase. Los tres nos fundimos en un abrazo sin yo saber que, mientras aprovechaba la cercanía con mi madre para decirle que tenía que adelgazar, ya éramos cuatro.

Cruz: No apto para cardíacos

Recuerdo ese día como si fuese ayer. Te cogí en brazos como un príncipe coge a una princesa en una película de

dibujos animados y ambos entramos así por la puerta de la que desde entonces sería nuestra casa. No era un palacio, ni falta que le hacía. En aquel momento nos convertimos en los vecinos del tercero derecha. Tú y yo.

No sé si me he enamorado alguna vez, ni tampoco si el amor existe; pero si en alguna ocasión supe qué significaba el verbo amar fue en aquellos meses. Puedes llamarme cursi, romántico o incluso imbécil –sé que soy eso y más –pero yo era feliz. Sonreía sin necesitar una excusa y me reía de repente sin acordarme de ningún chiste.

A ver cuántos pueden decir eso.

Pero de todos aquellos años, que se me antojaron como treinta y seis mil quinientos días –por si no lo has entendido, tonta, un siglo –hay una instantánea que tengo grabada a fuego en mi memoria. Yo me lavaba los dientes en nuestro cuarto de baño, con la camisa medio abrochada y la corbata apoyada en los hombros. Tras ensimismarme con el reflejo que me ofrecía el cristal, me asomé al dormitorio desde el marco de la puerta del aseo, y te vi a ti tumbada en nuestra cama. Estabas boca abajo, pero tenías la cara girada hacia la izquierda, de tal manera que yo podía verla. Sonreías. Te habías acostado con tan sólo una camiseta, mi camiseta, que pasó de ser mía a ser nuestra. Te contemplé unos instantes hasta que te levantaste y te acercaste. Mientras tú andabas, yo volvía frente al bidé y me enjuagaba la boca. Entonces tú me abrazaste por detrás y nos fundimos en un beso. Nuestro beso.

Qué bonitos suenan los adjetivos posesivos cuando no son egoístas.

Yo, tras toda una vida despertándome, he llegado a la conclusión de que no hay nada que se asemeje más al amanecer perfecto. Eso sí, no apto para cardíacos. Y es que el corazón, al recordarlo, aun se pone nervioso.

SOLDADITOS DE PLÁSTICO

¿Quién dijo que quisiera ser un héroe?
Preferiría que no hubiera nada que salvar.

Juancho Marqués

Cara: Héroe

En el telediario emiten una de esas noticias por las que dan ganas de estampar el cenicero de la mesa del salón contra la pantalla. No es un tsunami, ni un terremoto, no es una inundación ni un incendio, en resumen, no es nada de lo que no tengamos la culpa.

Ha estallado otra guerra.

¿Dónde es esta vez? ¿Cuáles son los motivos? ¿A quién apoya nuestro país?

Y digo yo, ¿Qué importa?

Al niño que juega con los coches en miniatura sobre el dibujo de la alfombra también le da lo mismo. Ni sabe ni le importa qué es la muerte. Mientras sus padres ven la televisión con toda la indiferencia que otorgan años de educación, él se entretiene soñando que es el piloto de uno de esos automóviles tan ruidosos y veloces. La estampa familiar, que nada tiene que ver con la que se podría vivir en ese momento en uno de los hogares afectados por la contienda, es interrumpida por el primogénito del matrimonio, “el hombre de la casa”, que entra con su pistola de dardos de goma disparando a su hermano pequeño.

—¡Pium, pium! ¡Te he dado, te he dado!

El niño que jugaba con los coches en miniatura le mira con mala cara. Bueno, no exactamente, pero sí con la peor cara que puede poner con apenas cuatro años. Es evidente que no le ha hecho ninguna gracia la broma de su hermano, por lo que coge un coche y se lo tira. El mayor lo esquivaba mientras da vueltas revolcándose por el suelo de la sala, como si fuese un soldado de élite, a la vez que apunta a su hermano mientras aprieta el gatillo.

—¡Pium! ¡Pium! —Y, cuando le da en la cabeza —¡Te he matado, tienes que morirte!

Pero el niño que jugaba con los coches en miniatura no se da por vencido tan fácilmente y, tras recibir las balas del arma de juguete de su hermano, le sigue tirando sus automóviles de plástico, alcanzándole con uno en la pierna.

—¡Oh, no! —Grita entonces el que simula ser un soldado —¡Me has herido! ¡Pagarás por esto!

Afina puntería y esta vez le da en el ojo, que recibe al visitante abierto de par en par. El grito del pequeño despierta a sus padres del ensimismamiento que les producía la televisión, pero ya es demasiado tarde. Está llorando.

—¡Niño! ¿Qué le has hecho a tu hermano? —Pregunta la madre enfadada mientras le examina el ojo a la víctima.

El soldado se cuadra como si se dirigiese a un superior y realiza el saludo militar a la vez que dice:

—¡Enemigo abatido, señor!

—¿Pero qué dices?

A lo que el niño, con una sonrisa de oreja a oreja le responde:

—¡He cumplido la misión, señor! ¡Salón asegurado!

La madre pone los ojos en blanco y se dirige a su marido que descansa en el sofá.

—Manolo, te dije que no deberíamos de haberle comprado ese videojuego —y luego, mirando al niño —ya no juegas más.

Entonces el soldado, como si le hubiesen disparado de verdad, mira a su superiora con cara de pena. Para él la guerra no es más que un juego. Ojalá lo fuera, pero hacer daño a los demás no puede ser nunca motivo de diversión. Al ver que su madre sigue firme en su castigo, se pone de rodillas abrazado a las piernas de ella y le suplica:

—¡Por favor! ¡Si soy un héroe!

Lo que él no sabe es que es más héroe el que aguanta el golpe que el que lo efectúa.

Cruz: Guerra a la Guerra

Mírame. Sí, yo también tengo miedo. Pero mírame a los ojos y escúchame. Aunque no es fácil, inténtalo. Levántate, coge tu arma, tus ganas de volver a casa y corre. Corre como no has corrido nunca. Disparando, esquivando, gritando... Como quieras, pero hazlo rápido y no te detengas. Pararse no es una opción. Chico, recuerda que tu hijo te está esperando en casa.

Todo eso debería de haberme dicho. ¿Fue lo que me dijo? No. ¿Lo soñé? Puede. Aun así, fue lo que entendí o quise entender cuando el sargento me gritó:

—¡Mueve tu puto culo cabrón! ¡Corre, corre, corre!

Y lo hice. El viento me seguía y las balas, felices, silbaban a mi alrededor una melodía mucho más hermosa que el espectáculo que contemplaban mis ojos.

No sé si estaban muertos o sólo dormidos. ¿Qué más daba? No cumplían las órdenes del sargento y yo no podía pararme a recriminárselo. Tenía que huir, no podía mirar atrás. Aún me quedaba la esperanza de que el tiempo se parase, de que me diese tiempo a escapar, de que mi hijo no llorase. Le prometí volver sano y salvo de la guerra. ¿Por qué hago promesas que no sé si puedo cumplir? “Tranquilo, volveré a casa.” Eso le dije. Él no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Le dije que me iba de viaje, no a dónde ni cuánto tiempo. Solo me abrazó y me dijo que me quería mucho.

Yo le quiero en todos los tiempos y modos del verbo, por eso corrí como si no supiese hacer otra cosa.

A cada zancada iba dejando detrás el mundo civilizado. Muerte, venganza, envidia, supervivencia. Atrás dejaba todo lo que me daba miedo, que no era poco.

Aun no entiendo qué hacía allí. ¿De qué sirven tantas muertes? ¿Dinero, terreno, combustible? Puedo asegurar que nada de lo que les motiva a enviar a los soldados al frente vale una sola de las vidas que destrozan. Creo que lo ven como un juego de mesa, y a nosotros como muñecos que pueden controlar como si fuésemos marionetas. Valorar tan poco la vida es inhumano, pero eso parece ignorarlo todo el mundo.

¡Guerra a la guerra! Ojalá algún día tenga el placer de conocer a aquel que decidió traerme aquí para matar a

quién dispara para que no lo maten. Para asesinar a otro como yo.

Pero, mientras tiro el fusil al suelo para correr más rápido, asumo que para los poderosos, los demás no somos más que soldaditos de plástico.

GORDA

Manos en el aire quien no tenga complejos
Shotta (Ignacio González)

Cara: Huelga de Hambre

Mi mamá es una pacifista. Ella siempre dice que la guerra es absurda y muchas más cosas que un niño de mi edad no debería de decir, por eso me las guardo. Cada vez que aparecía en las noticias algo sobre soldados, bombas y batallas en países muy lejanos, ella me explicaba por qué está tan mal que cosas así sucedan en el mundo. Y lo digo en pasado no porque haya cambiado de opinión sobre el tema, sino porque ya nunca vemos la televisión.

Mi madre cree en las revoluciones, en las mejoras de todos los sistemas que nos gobiernan, pero está convencida de que la violencia no es el camino para conseguir nada. Por las noches, cuando me arropa, se sienta a mi lado en el colchón y mientras me acaricia el pelo para que me duerma me cuenta la historia de alguien a quien admira que pensaba como ella. Cada vez es alguien distinto y son muchos, pero como es muy tarde y estoy muy cansado la mayoría de las veces no llega a terminar, dejando que al cerrar los ojos mi imaginación escriba un final distinto para la vida de esas personas.

Recuerdo una vez en la que me habló de un hombre muy bueno llamado Gandhi. Era indio, pero no uno como

los de las películas del viejo oeste que tanto me gustan, sino de esos que viven en el lado opuesto del planeta, en la India, que no tienen nada que ver con los vaqueros.

Por lo visto este hombre era muy inteligente, y tras estudiar cosas muy complicadas en el extranjero, decidió volver a su país para ayudarle a salir del control de gente que los esclavizaban —o al menos, eso me contó ella. Allí, en lugar de tirar bombas y disparar armas como se hace actualmente, protestó de forma pacífica contra los malos. Hizo cosas como la huelga de hambre, que consiste en no comer durante mucho tiempo y adelgazar mucho para quejarse de algo muy importante con lo que no estás de acuerdo. Al final este señor consiguió su objetivo y los malos abandonaron la India, convirtiéndose éste en un lugar libre lleno de personas buenas.

Mamá dice que este hombre era muy listo y que está muy de acuerdo con él, así que para que no haya más guerras, está haciendo una huelga de hambre. Está mucho más delgada, y parece malita, pero ella sigue firme en su revolución pacífica. Mi mamá siempre ha sido una mujer muy fuerte que consigue lo que se propone, así que esta vez no se va a rendir hasta no alcanzar su meta.

A mí también me da menos de comer, supongo que para no sentirse sola. Tampoco usa el teléfono, —porque dice que genera unas radiaciones muy malas para la Tierra—, ni abre el grifo —porque hay que colaborar para que no haya sequías. Tampoco enciende la luz, sino que por las noches usamos velas. Los primeros días esto último me gustaba porque le daba a la casa un ambiente especial, como de

castillo antiguo, pero ahora me aburre porque ni siquiera la tele funciona.

Pero es que mi madre es una mujer comprometida con muchas causas para mejorar el mundo. Sólo espero que no le pase como al señor tan bueno que liberó su país, Gandhi, que murió poco después de conseguirlo. No sé de qué, porque me quedé dormido antes de llegar a esa parte, pero puede que fuese haber hecho tantas huelgas de hambre.

Cruz: Mi cuerpo es una cárcel

—¡Ana! ¡Sal de ahí!

Lo grito, pero sé de sobra que eso no bastará para que salga del cuarto de baño en el que se ha encerrado. Da igual lo que diga, suplique o solloce. Ella solo quiere adelgazar, no le importa la manera. Cree que el fin justifica los medios cuando en realidad lo que justifica son los miedos.

—¡Déjame! ¡No tienes ni puta idea de cómo me siento!
¡Mi cuerpo es una cárcel!

Su voz me desgarrar por dentro. Es el matiz de desesperación que acompaña sus palabras lo que más me hace sufrir. Rabia. Eso es lo que se apodera de mí mientras forcejeo con la puerta sin éxito.

Debería de decirle algo, pero mi boca se abre y se cierra sin vocalizar nada. ¿No has sentido alguna vez que tus cuerdas vocales tienen forma de soga y que cuánto más quieres decir más te ahogas? Yo sí. Cada vez que ella, mi hija, mi propia hija vomita creyendo que no la veo siento que muero por dentro. Y cuando leo a escondidas su diario, en el que dice que quiere deshacerse de la piel que

envuelve sus huesos, el miedo me paraliza. “Mis preciosos huesos” escribe. Me desespera, me duele, me mata.

Cada vez que se mira en el espejo llorando, gritando que esta gorda, una impotencia indescriptible se apodera de mí. El relieve de sus costillas es un dibujo que puede verse desde lejos, sus piernas son tan delgadas como los huesos que recubren y su rostro parece el de un niño desnutrido que malvive en un país subdesarrollado. Todo eso no hace más que recordarme una y otra vez que no puedo hacer nada. Ella ya es mayor de edad y puede hacer lo que quiera. Y si no quiere ir al médico, no va. Hay veces en las que la palabra de un padre no vale nada.

Está enferma. No come nada y lo poco que come lo vomita. Lleva meses así. Quitándose la vida y las ganas de vivir poco a poco.

Su dolor me hace llorar casi tanto como a ella. Me provoca un sufrimiento que solo un padre puede sentir cuando ve que su hija se suicida diariamente sin poder hacer nada por ayudarla, excepto pronunciar palabras que se acaba llevando el viento.

Ya no sé ni qué siento cuando su voz desafina, quebrando el silencio, sacando de sí misma una rabia que me asusta.

—¡Estoy gorda! ¡Nadie me quiere, no soy más que una foca! ¡Un estorbo! Oigo las risas y los comentarios a mi paso por los pasillos. No puedo más. La vida es una puta mierda.

¿Qué le digo?! ¿Qué se supone que le tengo que decir a mi hija?! ¿Que la quiero? Sé de sobra que eso no bastará.

Sólo son palabras, y las palabras pueden ser ignoradas o tomadas como mentiras.

Entonces me abrazo a la puerta. Me pego a ella, como si eso sirviese para traspasarla, como si eso me acercase más a mi niña. Entonces susurro, y lo hago tan alto y tan desesperado que las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

—Ana, por favor... No me dejes aquí solo. Por favor, Ana, sal y escúchame. Necesito un abrazo tuyo de esos en los que me fundo. Uno de esos abrazos por los que merece la pena estar vivo.

Trago saliva e intento secarme la cara, que está empapada por el llanto. Mi dolor me obliga a continuar aunque no me responda.

—Ana, ¿Te acuerdas de cuándo jugábamos a que tú eras una princesa y yo el rey, que siempre te protegería de los dragones, de las brujas o de los monstruos que quisiesen hacerte daño? No te mentía, y nada ha cambiado, sigo siendo tu padre y no hay nadie que te quiera más de lo que yo te quiero. Da igual si estás gorda, delgada, si eres alta, o bajita, o fea o guapa. En esta vida eso no es lo importante, lo verdaderamente esencial es levantarse cada mañana y verse perfecto a uno mismo en el reflejo que nos ofrece el espejo. Y solo hay una manera de vernos así, y es con una sonrisa de oreja a oreja.

Sigue sin decir nada, así que sigo, intentando apagar el dolor de mi corazón mediante esas sílabas que me queman en la garganta:

—Ana, sal de ahí, abrázame y sonríe. Porque quizás la sociedad y este mundo no te necesiten, puede que para ellos

solo seas una más entre tantas y es por eso por lo que te tratan así, por lo que les da igual lo que sufras, pero yo te necesito y no puedo dejar que te zambullas en una realidad que mata por agradar la superficialidad de gente a la que no le importas. No puedo dejar que caigas en ese agujero porque te quiero y quiero que seas feliz. Vomitar no te va a dar la felicidad.

Ella sigue sin responderme. Entonces pego el oído a la puerta y lo que escucho me deja helado. El vértigo se apodera de mí porque solo oigo el más horrible de los silencios.

El mundo empieza a ir a cámara lenta. Mi cerebro sabe qué está pasando allí dentro pero se niega a creerlo. Sin pensar nada más que en entrar, me alejo de la puerta y la embisto con todas mis fuerzas. Una fuerza empujada por la desesperación. Una fuerza que abre el camino entre mi hija y yo.

Y la veo ahí, en el suelo, sin conocimiento, con un cristal ensangrentado en la mano y la mirada perdida en su antebrazo del cual proviene la sangre. En ese momento sé que nunca más se verá gorda, que le ha puesto fin, porque sus ojos, poco a poco, están perdiendo la vida que tenían. Poco a poco a ella se la va llevando el viento, al igual que mis palabras.

COLORES

Alto, bajo, feo, guapo, negro, blanco, ¿qué más da?
Dentro de cien años todos calvos bajo tierra ¿va?
Kase. O (Javier Ibarra)

Cara: Pañuelos

Todos los días, a la misma hora, paso con el coche por el mismo sitio.

A decir verdad, el que está siempre sentado en el sillón del piloto es mi padre, pero como yo ya me sé el camino de memoria, me han comprado un volante de juguete y yo conduzco desde el asiento trasero. Mi volante es moderno, de última generación, tiene marchas e incluso un claxon que si fuese por mí estaría todo el día sonando, pero que permanece en silencio porque mi padre me ha dicho que solo debe usarse en caso de emergencia.

Aquel día miraba atento la carretera, pisando el suelo con el pie derecho cuando tenía que acelerar y el izquierdo cuando debía frenar. Me distraje un momento y casi me saltó un semáforo, pero conseguí detener el vehículo a tiempo. Entonces miré por la ventanilla y me asusté al ver como un hombre daba golpes en el cristal de la puerta de mi padre enseñándole unos ambientadores y una bolsa llena de clínex. Con el pánico pisé el acelerador en un acto reflejo, pero por suerte tenía el seguro puesto y el coche no se movió.

Mi padre le hizo un gesto negativo al hombre, rechazando lo que él le ofrecía y éste pasó al siguiente vehículo que había parado en el mismo semáforo. Entonces mi progenitor hizo algo que no entendí, entre dientes dijo:

–Malditos negros, están por todas partes.

Como no entendí lo que quería decir, le pregunté, claro está.

–Papá, ¿por qué dices eso? ¿Quién era ese hombre?

Él se giró hacia atrás en su asiento y me miró para responderme.

–Ese es un inmigrante que viene a nuestro país a quitarnos nuestro dinero hijo, un ladrón que viene aquí a robarnos y a invadirnos como todos los de su raza. Está negro porque en su país no se lavan los asquerosos, ese hombre...

Él quería seguir ladrando, pero le interrumpí.

–Pero si solo te ha ofrecido unos pañuelos, ¿No? ¿Qué tiene eso de malo?

Él hizo oídos sordos y prosiguió su discurso, hablando de lo malos que eran los inmigrantes –los negratos, como él los llamaba –luego pasó a los chinos llamándoles amarillos de no sé qué, alegando que salían de todas partes, que eran peor que una plaga y demás cosas que yo no conseguía comprender.

–¡Pero si no te han hecho nada! ¿Por qué les odias tanto?

Él iba a replicarme, pero entonces mi madre, que asistía al discurso en silencio le avisó de que el semáforo ya estaba en verde.

Mientras pisaba el suelo con el pie derecho pensé, y aún sigo creyendo que con toda la razón del mundo, que lo que

estaba sucio no era aquel hombre, sino las ideas de mi padre. Entonces me di cuenta de que papá se había equivocado al no aceptar la oferta de aquel inmigrante, porque para limpiar sus ideas necesitaría muchos, muchísimos pañuelos.

Cruz: Paredes de Cristal

Parezco un maniquí desnudo en el escaparate de una tienda. Y ahora que lo has leído, ¿Cuántos maniqués desnudos has visto en los escaparates de las tiendas frente a las que pasas normalmente? Ninguno, ¿Verdad? Ninguna buena tienda descuida así su aspecto, las figuras que están más de cara al público suelen lucir las mejores ropas para atraer a la clientela. ¿Qué clase de establecimiento dejaría el plástico de sus vendedores desnudo? Pues imagínate la cara con la que me mirarías, con una mezcla de extrañeza y recelo, desconfiando de mí sólo por mi aspecto físico. Huelga decir que no entrarías en mi comercio, porque un lugar donde descuidan así las apariencias no es de fiar.

Pues así me mira todo el mundo. Cuando ando por la calle parezco un pez en una pecera, ese que sabes que está ahí pero al que evitas mirar, como si fuese un extraño.

No, no soy un asesino en serie que acabó recientemente su condena, tampoco llevo un pasamontañas cubriendo mi rostro, ni un fusil de asalto o una granada en la mano. Soy una persona, como tú y como cualquiera, pero mi piel es negra.

Ahora lo entiendes todo, ¿Verdad? Tú, que como yo vives en un país gobernado por los prejuicios, sabes de qué

estoy hablando. Me refiero a esa presunción de culpabilidad que siempre me perseguirá. Porque yo no pago impuestos, me aprovecho de tu trabajo y vivo donde tú naciste a cuerpo de rey sin hacer nada, ¿No? Pues si piensas así, siento decirte que no tienes ni la más remota idea.

Tú por nacer aquí te has ganado el derecho a respirar este aire, sólo por tener la suerte de haber sido el espermatozoide más rápido del testículo adecuado, pero el estar aquí yo me lo he tenido que trabajar de una manera o de otra. No vengo aquí a robar ni a quitarte trabajo, vengo a luchar por un futuro que, en el lugar en el que yo vi por primera vez la luz del sol, no existe. Lo último que me merezco es que alguien que no me conoce me lance una mirada de desprecio al verme por la calle, o que ponga cara de asco al verme pasar.

Da arcadas que milenios después de que se inventase la escritura siga habiendo gente con la mente tan cerrada.

ABRÁZAME FUERTE

Si yo soy tu vida te estás suicidando.

Dheformer Galinier (José Galinier)

Cara: Amoratada

De un segundo a otro me descubro llorando en el suelo. Si esto es el dolor, no me gusta. Es desagradable, una punzada aguda ahí dónde he recibido el puño cerrado de mi padre. Tu puño.

“¿Por qué?”

Es la pregunta que nunca tiene respuesta. ¿Tanto te ciega el orgullo, el odio o el alcohol que no eres capaz de verlo? Le estás pegando a tu propia hija. Y sonriendo, que es lo más triste de todo. ¿Cómo podrías haber imaginado que acabarías así? Tú, que hasta hace poco eras un niño que gritaba y celebraba cada gol que marcaba en el patio del colegio. Tú, que eras inocente. Tú, que ahora eres un monstruo.

No te excuses en la bebida, no alegues que es una droga que te anula, no respaldes el golpe que acaba de recibir la niña que tienes a tus pies. ¿Y te parece gracioso? Sus lágrimas no son ningún chiste. Qué pena que haya personas como tú, con el sentido del humor tan atrofiado.

Cuando fuiste al hospital, a verme nacer, agarrando a mi madre de la mano mientras daba a luz, ¿Eras feliz sabiendo el dolor que sufriría por tu culpa? ¿Eras feliz imaginándote

las manchas violetas con las que teñirías mi piel? Ah, y te informo de que esa mujer a la que “amas” está en encerrada para protegerse de ti. Murmurando, mientras llora en la cama, que quiere morir. Ya ha llegado un punto en el que es incapaz de cuidarse a sí misma, así que no la culpo por no intentar defenderme a mí.

Gracias a ti tu hija crecerá fuerte, ajena a los sentimientos, leyendo en el diccionario la palabra “familia” sin entender ninguna de sus acepciones. Crecerá sola y sin un punto de apoyo, porque tú estabas ciego mientras ella se escondía tras caparazones para que no le hicieses daño.

Lástima que ahora no pueda quejarse ni decirte nada de todo esto, porque mientras llora en el suelo tan sólo cree que eres un extraño al que tiene miedo, al que mira con desconfianza y sin dirigirle ni una palabra.

Al menos se le quedará bien grabada esa enseñanza de no hablar con desconocidos.

Cruz: Monstruo

Lo siento.

Sé que ninguna excusa es buena para lo que he hecho, pero te voy a decir varias. ¿Qué por qué? Porque aunque debería de darme asco a mí mismo voy a seguir tratándote como una mascota. Porque soy así, inhumano. Ahora diré que el alcohol me posee y que tras unas copas no soy yo. También me escudaré en que el trabajo me tiene agobiado, que tras tantas horas seguidas frente al ordenador cuando vuelvo a casa mi cerebro no me obedece y que esta vez, como todas las anteriores, ha sido sin querer.

Tú estarás llorando. Típico. Y es que a pesar de todo lo que te he hecho, tú me quieres. Suena absurdo, ¿Eh? No me merecería ni que me mirases, pero aun así cuando te encierras en nuestra habitación llorando y con la cara amoratada no haces más que amarme. Te encierras suplicando que todo pase porque no eres capaz de ser más fuerte que la falsa esperanza de que llegue el día en el que te trate como mereces.

¿Por qué no me gritas que soy un cerdo? ¿Qué no me merezco ser un hombre? Vamos, hazlo. Tendrías razón, pero me da igual, solo quiero tener una excusa para partirme la cara. ¿Qué por qué soy así? ¿Qué por qué soy un machista y un maltratador? Porque mi padre me educó así. Y a él mi abuelo. Y así generación tras generación. Nadie nos enseñó ni un mínimo de respeto hacia aquellas personas que por nosotros darían la vida. Nadie nos dijo que aquel hombre que maltrata a una mujer es porque no sabe qué hacer con ella en una cama.

Y luego mentiré y añadiré que te quiero. Que no sé cómo te he podido hacer daño a ti, la persona más importante de mi vida. Y tú me creerás y seguirás sufriendo porque me amas.

Acércate, ven hacia mí, abrázame fuerte. Eso es, disfruta de los cinco minutos que dura mi arrepentimiento. Disfruta de los únicos segundos en los que soy humano porque cuando acabe este abrazo volveré a ser un monstruo.

ABORTO

No mato por nadie pero muero por quien sea.
—Rapsusklei (Diego Gil)

Cara: Latidos

¿Has escuchado alguna vez a un corazón latir?

No, no me refiero a oírlo ni a contar cuántas veces lo hace en un minuto. Me refiero a escucharlo. A sentirlo. A vivirlo.

El corazón, para quien no lo sepa, es un órgano situado en la parte izquierda del pecho, y su función es transportar nutrientes y oxígeno a todos los rincones de nuestro cuerpo.

Cuando un corazón palpita, bombea entre cuatro y cinco litros de sangre. Para que te hagas una idea, sería el mismo volumen de líquido que ocuparían doce latas de cualquier refresco. Sin embargo, eso no es lo más sorprendente de todo, sino que lo hace sesenta veces en un minuto. Eso cuando estamos en reposo, claro, ya que al hacer ejercicio físico se dispara.

El corazón comienza a bombear cuando el embrión dentro del cuerpo de la mujer tiene entre seis y siete semanas, y lo hace con, aproximadamente, ochenta pulsaciones por minuto. Luego, progresivamente, va aumentando hasta colocarse en torno a las ciento cincuenta en el momento del parto.

El corazón es un órgano maravilloso. Es el símbolo de la vida y del amor, y al fin y al cabo, aunque en él no se alma-

cenen sentimientos, es lo que nos duele cuando nos rechazan. Es lo que se rompe cuando aquella persona a la que queremos no nos quiere, cuando nos decepcionan o, incluso, cuando ironizamos. Es lo que hace posible que andemos, que nos comuniquemos, que pensemos. Y es que sin piernas se puede avanzar, sin voz se puede hablar y sin pensar se puede vivir, pero sin corazón, no.

Yo, si es que puedo tener conciencia de que existo, soy un pequeño embrión en el interior del saco amniótico de apenas siete semanas. Mi cerebro aún se está formando, pero pese a lo que digan los médicos, ya puedo pensar.

Ya puedo sentir, porque ya tengo corazón, aunque eso es algo más poético que científico. Siento el corazón de mi madre, y aunque queden aún semanas para que pueda oír, ya escucho su latido. Ese sonido, esas vibraciones que me dan la vida y que me hacen sentir vivo. Y es que aún no sé qué es la música o la poesía, seguro que se parecen mucho a los latidos de mi madre.

Puedo sentir cómo me cuida mientras estoy aquí, dentro de ella, buceando en su interior. Tal vez aún no tenga sentimientos en realidad ni sepa qué es eso, pero lo que sí sé es que ella me quiere, y yo la quiero.

Cruz: ¿Cómo?

—Papá, mamá. Estoy embarazada.

Supongo que hay situaciones que nos convierten en adultos aunque no estemos preparados para serlo. A mí, la que estoy viviendo, me ha dado la mayoría de edad de un bofetón.

Respecto al contexto de mis palabras, es fácilmente describable.

Verás, cuando una persona se congela, el movimiento la ayuda a entrar en calor. Sin embargo, cuando una imagen se congela, aunque no necesita calor, no hay quien la mueva. ¿Qué por qué digo esto? Porque lo que tengo delante de mí parece una fotografía.

Imagínate un salón pequeño, con apenas una televisión de esas antiguas de tubo, una mesa, un sofá y un sillón. En el sillón está sentado un hombre, mi padre, con barba canosa y barriga pronunciada a causa de las cervezas. En el sofá, a su lado, está mi madre. Y bueno, supongo que tras lo que le he dicho, sabes ya cómo están sus caras.

El primero que rompe el silencio es mi padre:

—¿Cómo?

Es una pregunta suave, de esas que se hacen cuando te has enterado perfectamente de lo que te han dicho pero no quieres creértelo.

—Que estoy embarazada.

Lo he dicho decidida, recordándome a los gladiadores romanos que saludaban al emperador con firmeza sabiendo que iban a morir.

Mi madre empezó a llorar y se fue corriendo de la habitación. Mi padre, al contrario, no podía apartar su mirada de mí.

—¿Cómo?

Esta pregunta era distinta a la anterior. Era una pregunta que emite enfado por los poros, que destila rabia en ambas sílabas.

–Papá...

–¿Ni papá ni hostias! ¿Quién es él?

–Se llama Raúl y...

–¿Y qué!? ¿Os lo pasasteis bien, no!?

–Papá...

–¡Calla! ¡Escucha eso!

Nos quedamos en silencio, y entonces llegaron a nosotros los llantos desesperados que mi madre emitía desde su dormitorio.

–¿Estás contenta!? ¡Dime! ¿Ha merecido la pena!?

–Papá...

–¡Que te calles he dicho, joder! ¿De cuánto estás!?

–De siete seman...

–¡Me cago en la hostia! ¡Joder! ¡No tenemos ni para llegar a fin de mes, niñata! ¿Te haces una idea de cuánto cuesta un aborto!? ¿Eh!?

–No voy a abortar, lo voy a tener.

–¿Cómo?

Si las anteriores preguntas eran incrédulas, esta lo era aún más.

–Que lo voy a ten...

–¡Ni de coña! ¿Estás loca!? ¿Cómo vas a ser madre con dieciséis años, desgraciada!?

–Papá, he tomado una decisión y...

–¡Qué decisión ni qué leches! ¡Ahora mismo nos vamos a donde sea para que te quiten esa cosa!

–No es una cosa, es mi hij...

–¡Que te calles! ¡Me cago en la madre que me parió! ¡Coge el chaquetón que nos vamos!

Está fuera de sí. Loco. Ahora es cuando me alegro de haberle dicho a Raúl que no viniese. Llega a estar aquí y le da una paliza mínimo.

Entonces coge las llaves del coche, mi chaquetón y mi brazo, y salimos los dos de casa dando un portazo hacia urgencias.

No seré yo la que le diga que no es allí donde se aborta.

* * *

—Sí, verá, mi hija, que está embarazada.

El hombre de detrás del mostrador le miró comprensivo.

—Ya veo. ¿Dolores, nauseas...?

—No, no —continuó mi padre —es que quiero que le quiten esa cosa.

—¿Cómo?

Esta vez era el hombre el que no entendía.

—Ya sabe, para abortar.

—No, señor, se equivoca, en urgencias no se realizan abortos.

—¿A dónde tengo que ir entonces?

El señor saca entonces un folio de debajo del mostrador, y con un bolígrafo que no sé cómo ha llegado a su mano, comienza a escribir y a explicarle a mi padre dónde tiene que ir.

Yo, mientras tanto, había estado asimilando que no iba a tener al bebé. Tal y como estaba mi padre, como para llevarle la contraria.

—Venga, gracias.

—A usted, buenas noches.

–Buenas noches.

Y, otra vez, me cogió del brazo y me condujo al coche, recobrando el mal genio que por un momento había olvidado en su charla con el desconocido.

* * *

–¿Y con esta pasilla... se acabó?

Todos hemos visto el típico instante cinematográfico en el que la imagen pasa de estar enfocada sobre el objeto que está en primer plano a enfocar el rostro de quien la observa. Bien, pues imaginaos una pastilla blanca y pequeña, y detrás mi cara de tristeza.

–Sí, además no te tienes que preocupar de nada. Tras abonar el pago, la ingieres y no notarás nada más que lo que notarías si se tratase únicamente de una menstruación incómoda. La gran ventaja de...

–Espere un poco, ¿De cuánto estamos hablando? –le interrumpió mi padre.

–Pues esta pastilla en concreto roza los trescientos cincuenta euros. Tiene suerte, ya que si llega a querer abortar más tarde el precio se habría visto incrementado.

Mi padre es en este momento la pura imagen de la contención. Mordiéndose el labio, saca entonces el dinero que previamente había sacado de un cajero.

–Hagámoslo.

* * *

Mi niño está muerto.

Estoy llorando entre los brazos de Raúl.

—¿Por qué no me llamaste? Podría...

—¿Podrías qué? —Digo entre llantos —tú no veías a mi padre.

Estamos en un parque, en un banco, solos. No hay nadie cerca, y eso lo agradecen mis lágrimas.

Y es que no es siempre fácil tomar decisiones cuando no sólo te afectan a ti. Supongo que eso es algo que nunca ha sabido ver mi padre. Supongo que tal vez mi padre tiene corazón, pero no sentimientos. Un corazón que sigue latiendo a diferencia del de mi hijo, que se ha parado, y del mío, que se ha roto.

ANESTESIA

Me ajusto a la vida pero la vida no es justa.

Rafael Lechowski

Cara: Papá, tengo miedo

Estoy en el asiento trasero del coche, en mi trono especial. Me acompañan las dos personas que más quiero, aunque eso no lo sé, sólo lo siento; mi padre y mi madre.

Ellos están delante hablando aunque no sé de qué, ya que yo soy tan pequeño que no entiendo lo que dicen. Soy muy chico para saber qué es el amor y cómo se comportan las personas enamoradas, pero sospecho que gritarse no es lo normal. Mi sillón está detrás del de él, así que a la que veo es a ella. Me cuesta reconocerla, pero no por lo despeinada que está, sino por el gesto de su cara. Si fuese más mayor, quizás sabría que mi mamá está mirando a mi papá con odio. Y eso no es algo precisamente bueno.

Si les comprendiese, estaría asustado. Están diciendo muchas tonterías. Entre ellas, las palabras “matar”, “odio” y “asco” son las que más se repiten. Entonces noto como el vehículo va cada vez más y más rápido, y en mi madre, el más sorprendido de los miedos.

Si pudiese hablar, gritaría que estoy asustada. Como no puedo, lloro y chilló lo mejor que puedo. Me oyen, sé que me oyen. Ella aparta su mirada aterrada de él y me la dirige a mí. Dice algo que solo él entiende, pero sé que va

dirigido a mí. Si supiese al menos leer los labios, podría haber visto cómo las palabras “te” y “amo” se formaban en su boca por última vez antes de que mi padre, poseído por una rabia y un odio que nunca entendí, estrellase el coche contra una pared y apagase las luces.

Cruz: Decepcionante

—Doctor, ¿Me va a doler?

Es apenas un murmullo, pero entre todas las voces de mi alrededor, la que proviene de la camilla es la que más nítida escucho.

Su madre, con la cara empapada en lágrimas, mientras agarra su mano, dice intentando mostrar una confianza que no tiene:

—¡Claro que no cariño! ¡Si es una tontería! Ya verás que mañana estamos en casa, ¿Verdad doctor?

¿Qué se puede hacer en estas situaciones? Mentir con cautela, transmitir esperanza y camuflar la preocupación tras una cara de profesionalidad. Y eso hice:

—Claro, todo saldrá bien —y distanciándome de la paciente y su acompañante empecé a dar órdenes— ¡Preparadme el quirófano! ¡Rápido!

La gente se iba apartando a nuestro paso. Asustados. Cobardes, les da tanto miedo la muerte que al ver cómo se acerca huyen despavoridos aunque ellos no sean el objetivo.

La niña no paraba de decir palabras sin sentido, ni la madre le soltaba la mano.

Al instante, por el siguiente pasillo nos alcanzan dos enfermeros, y uno de ellos pregunta:

—¿Qué tenemos?

—Niña de nueve años, accidente de tráfico. Tiene contusiones leves por todo el cuerpo y un corte profundo en el vientre. Delira debido a la pérdida de sangre, hay que intervenir ya.

En el frenesí del momento, el tiempo pasa demasiado lento, y mientras ando me permito el lujo de soñar con un paraíso en el que no hagan falta médicos, en el que no existan las enfermedades, en el que la preocupación no sea más que un mal chiste. Pero supongo que los sueños, sueños son, ¿no?

Conforme nos acercábamos a nuestro destino, me dirigí firme a la madre:

—Señora, no puede entrar en la mesa de operaciones con nosotros. Tiene que quedarse aquí.

Ella me miró con una mirada que solo una madre que teme por la vida de su hija sería capaz de poner:

—¡¡No!! ¡¡Es mi hija y...!!

Por suerte su marido intervino, alejándola de la camilla y sosteniéndola para que no fuese tras nosotros, mientras susurraba unas palabras en su oído. Aún hoy me pregunto qué le dijo para que no nos siguiese.

La camilla entró con velocidad en el quirófano, guiada por los enfermeros. Yo me dirigí rápidamente a lavarme las manos y a ponerme la red que impide que el pelo estorbe y se caiga, los guantes y la mascarilla.

Vi cómo los demás hicieron amago de ponerse también la bata y la red de los zapatos, pero les quito esa idea de la cabeza con un grito:

–¡Rápido! ¡Se nos va! ¿Dónde está el puto anestesista?
¡Pedro!

Y antes de acabar la frase, el anestesista ya estaba dentro de la sala administrando la cantidad exacta de sedante.

–Ya está, es toda vuestra.

Y sin mediar palabra, los dos ATS y yo empezamos a trabajar.

* * *

–Mierda.

Tiré los guantes manchados de sangre al suelo, frustrado. No había conseguido salvar su vida. La niña, con tanto por delante y tantas ganas de seguir viviendo, había muerto.

Hay veces en las que me siento un inútil. Tanta formación, tantos años estudiando deberían de poder salvar a cualquiera. Pero a veces no sirven de nada.

Me da rabia pensar lo caprichosa que es la muerte. Es capaz de llevarse a una niña de nueve años que iba en coche con sus tíos a casa de sus padres, pero sin embargo perdona a un anciano malhumorado, que desprecia el mundo y está deseando que la vida se vaya de su cuerpo para reunirse con quien ha dejado atrás.

Cuando era un novato recién llegado a los quirófanos, un viejo cirujano experto me dijo: “En esta profesión la muerte es una constante. La gente nace, respira, y se va. Eso es así. Nuestro trabajo consiste en intentar por todos los medios que los que llegan al hospital se vayan de él respirando. Si no lo conseguimos, no debemos atormentarnos, ya que todos somos mortales e irnos es inevitable.

Nosotros no matamos a las personas, sino que no conseguimos salvarlas. No somos los que apretamos el gatillo, no empuñamos el puñal, ni dirigimos el coche que los embiste. Los cirujanos, querido amigo, sostenemos el bisturí que les corta las alas para que no vayan al cielo. Pero a veces esas alas no hay quien las corte.”

Aun así, por mucho que me dijese, no puedo evitar sentirme como un fracasado.

Miro como tapaban el cadáver de la niña y rompo a llorar. No puedo soportar ver como algo tan pequeño y tan frágil se va sin apenas haber vivido.

—Tranquilo, has hecho todo lo que has podido.

Mentira. Todo habría sido suficiente. Rechazo el consuelo de la enfermera y salgo de la sala donde ha fallecido mi paciente, andando con paso lento hacia la sala donde los padres esperan con esperanza a que yo salga y les diga que todo ha ido bien. No hay mayor tortura que decirle a una madre que su hija ha muerto, porque que no existe ninguna anestesia que haga que dejemos de sentir.

Y es que esas personas que me esperan al otro lado de la puerta desearán no sentir cuando reciban la noticia.

En el momento en el que entro en la misma estancia que ellos, sus ojos se iluminan, se ponen de pie y avanzan hacia mí a grandes zancadas. A partir de ahí todo es muy confuso. No recuerdo con exactitud los detalles, pero sí la desesperación de la madre. Que entre llantos, dijo: “Usted nos dijo que todo saldría bien”. Y es cierto, lo dije. En ese momento comprendí que es duro ser decepcionado, pero que lo es aún más ser decepcionante.

SE VENDE

Se escribe “político”. Se lee “imputado”.
 Son hijos de puta, sin comillas. No rima, pero es verdad.
Rayden (David Martínez)

Cara: Cajas de Cartón

Pesada. No hay una palabra que la defina mejor. El contacto con sus mejillas, frías como el hielo, me hizo abrir los ojos, aunque seguí suplicando por esos cinco minutos más que nunca llegaron. Intenté librarme de sus besos, pero ella estaba empeñada en sacarme de mi plácido sueño y me hizo renunciar a ganar la batalla cuando me arrebató las sábanas. Eso sentenció el resultado, así que permití que me ayudase a incorporarme. Como era de sentido común que aún estaba más dormido que despierto, ella me vistió poco a poco. Cuando acabó, intenté volver a la cama, pero ella me agarró del brazo y me condujo al cuarto de baño, para terminar de prepararme.

Queriendo evitar que tratase de huir hacia los brazos de Morfeo, me acercó al grifo y me empapó la cara repetidas veces, hasta que consideró que no volvería a dormirme. Aprovechó para humedecerme el pelo, y con un peine empezó a peinarlo lo mejor que pudo.

Mientras se afanaba en esa tarea, observé nuestro reflejo en el desgastado espejo que colgaba ante nosotros.

En él veía a un niño pequeño, quizás demasiado para la realidad que golpeaba su entorno. Su rostro reflejaba sueño,

y su mirada irradiaba la inocencia propia de la infancia. Me veía a mí mismo.

A su lado –es decir, al mío –veía a una mujer. Una mujer cansada de luchar por un futuro mejor que parecía que nunca iba a llegar. Una mujer que no recordaba la última vez que se arregló o que alguien le dijo lo guapa que estaba. Unas exageradas ojeras adornaban una mirada cargada de melancolía, de impotencia y de fracaso.

Vivíamos solos en un pequeño piso. No era nada del otro mundo, pero como mamá solía decir, era nuestro palacio. En él, el gran salón de baile no era más que una habitación con pocos metros cuadrados y una televisión antigua que no sintonizaba la mayoría de los canales; el inmenso comedor tan solo era una cocina en la que hay que pelearse con las puertas de los armarios cada vez que se preparaba la cena y los magníficos dormitorios con sábanas de seda eran en realidad dos habitaciones con camas individuales que muchas noches acabábamos compartiendo porque los truenos y las gotas de lluvia que se filtraban por la ventana me daban miedo y me impedían dormir. Pero era nuestro y para nosotros era la más lujosa de las mansiones porque nos teníamos el uno al otro.

Mientras mi mente en realidad no pensaba nada de eso, ella estuvo domando los mechones de mi cabeza. Cuando al fin consiguió que mi mata de pelo estuviese más o menos presentable, se descuidó para coger la colonia. Yo aproveché ese despiste para salir corriendo por el pasillo, en busca de un desayuno que sin duda estaría preparado. El estómago no paraba de recordarme que la cena de la noche anterior, como siempre, me supo a poco.

Cuando pasé por el salón, tropecé con una de esas cajas de cartón que inundaban la estancia desde hace unas semanas y en las que estaban guardadas todas nuestras cosas. No entendía por qué mi madre se había encaprichado con vaciar todas las estanterías y cajones. No me gustaba que hubiese cosas que no podía encontrar entre tantos cartones. Menos mal que mamá lo tenía todo controlado, y había dejado bien diferenciados mis juguetes.

En la cocina estaba mi cuenco lleno de cereales y leche fría. No teníamos luz, así que el microondas no funcionaba. Había estado viniendo mucha gente a casa esos días. Toda la familia se acercaba de vez en cuando, además de personas que no conocía. Yo siempre le decía a mamá que les preguntase si sabían que pasaba con la luz. Eso de no tener televisión hacía que me aburriese mucho porque mamá no me dejaba salir a la calle y daba igual todo lo que patase o protestase.

Una vez sentado con el desayuno entre las manos miré el reloj de la cocina. Nunca había entendido los relojes con manecillas, así que después de mirarlo un buen rato intentando descifrar su incomprensible mensaje, le pregunté la hora a mamá.

Oí sus pasos acercarse lentamente desde el pasillo. Cuando traspasó el umbral, vi que llevaba el gran bote de colonia, el que estaba adornado con una foto enorme de un bebé y que contenía esa fragancia que yo tanto odiaba. Ella siempre decía que era nuestro perfume favorito, y yo nunca la contradecía por no decepcionarla.

Ignorando mi pregunta, vertió parte de la colonia en mi cabeza, y mientras yo seguía comiendo se dirigió a mí:

—Álvaro, nos vamos de casa. A partir de ahora viviremos en casa del abuelo. Dentro de un rato vendrán los tíos, para ayudarnos con la mudanza, y gente que no conoces. Un hombre muy bien vestido, con traje de chaqueta, y un policía.

—¿Un poli de verdad? ¿Con uniforme y todo? —le dije, abriendo los ojos como platos.

Siempre había querido conocer a un policía como los de las películas. De mayor quería ser como el comisario de mi serie favorita de la televisión, salvar vidas y ser un héroe para todos.

—Sí Álvaro, un policía de verdad. Y oye, no te encargo nada. Con esas personas aquí tienes que comportarte como todo un hombre, ¿De acuerdo? —Insistió ella.

—Claro mamá, —le dije hinchando el pecho y con una estupenda sonrisa —voy a demostrarles quién es el hombre de la casa.

Mientras la escuchaba no era consciente de lo que quería decir ese “nos vamos de casa”, ni tampoco me preguntaba por qué nos mudábamos con el abuelo si nuestra vivienda era más grande. En mi cabeza sólo cabía que iba a conocer a un policía. Y a uno de verdad, con uniforme y todo.

Mi mente infantil empezó a volar por un lugar remoto, en el que el policía me sonreía, me dejaba coger su pistola, me prestaba su placa y me regalaba su gorra.

Pero era un sueño muy alejado del mundo. Demasiado alejado.

Cuando llamaron a la puerta y ella abrió, se cayó mi universo. Un policía, sí, pero uno de verdad, no como yo

me lo imaginaba, entró en nuestra casa y justo después de que el hombre trajeado que le seguía, serio y con cara de pocos amigos, hiciese firmar a mi madre unos papeles con un bolígrafo que se me antojó muy caro, ese “agente de la ley” nos sacó a empujones de nuestra casa, y con la ayuda de otros farsantes como él nos dejó, junto con todas nuestras cajas de cartón, en la entrada de ese edificio en el que no volvería a entrar jamás y al que hasta entonces llamaba hogar.

Mis tíos llegaron puntuales, cogieron las cajas de cartón y las metieron en el coche. Mientras, muchos policías nos rodeaban dándonos las espaldas, como protegiéndonos de toda esa muchedumbre que gritaba y movía en alto sus carteles. No entendía que pasaba. Creía que sería un anuncio de perfume. Esos anuncios siempre son muy extraños, pero por más que buscaba no encontraba las cámaras por ninguna parte.

Mamá no paraba de llorar. Parecía que se moría de pena. Su cara estaba congestionada por el llanto, y adornada por las gotas saladas de sus lágrimas. No entendía por qué estaba así, así que yo también empecé a llorar. Nunca me ha gustado verla triste.

Hoy, años después de aquello, sé que nos desahuciaron, que unos altos mandatarios de un banco se aprovecharon de mi madre, de mí, y de otros tantos miles de personas.

Hoy sé que a mi madre y a mí nos echaron de nuestro hogar contra nuestra voluntad, y sin ninguna piedad.

Hoy sé que esas personas que nos rodeaban no rodaban un anuncio, si no que protestaban contra un mundo en el

que ni siquiera el derecho a una vivienda digna se respeta, lleno de ladrones y mentirosos, que nadie querría para sus hijos.

Un mundo en el que el mejor futuro que mi madre me pudo ofrecer fue el de unas cajas de cartón mal apiladas en la acera.

Cruz: Cerrado Por Derribo

Es duro sentir el fracaso tan de cerca, el saber que tus esfuerzos no han servido de nada. Es, por parte de la vida, algo cruel. Pero pensándolo bien, pocas veces no lo es.

Lo que duele es esa pregunta sin respuesta que te golpea como un mazo, que hace que te des de bruces con el fondo del pozo en el que se vierte el autoestima y que suele venir de una de las personas más importantes para nosotros.

—Y ahora, ¿Qué vamos a hacer?

No espera que le conteste y lo entiendo. Comprendo ese grito entre lágrimas, ese querer algo pero no saber qué. ¿Quiere que me acerque, que la consuele o que me vaya a llorar yo a algún escondite lejos de ella? Haga lo que haga, lo haré mal, así que no hago ni una cosa ni la otra. Me quedo quieto, inmóvil, contemplándola. Quizás debería moverme, estar activo, por lo menos aparentar que intento arreglarlo todo, pero no puedo. No me quedan fuerzas.

Si estuvieses aquí, tú que no me conoces de nada, seguramente te apiadarías de mí, se te encogería el corazón y, mientras me abrazas, dirías algo así como: “Suéltalo todo, venga.” Yo rompería a llorar, y tras unos minutos sollozando y mojándote el hombro me dirías:

—¿Qué te pasa?

No respondería. Tú me conducirías a un sofá, me sentarías en él y volverías a preguntar:

—¿Qué te pasa?

Y yo, tras sorberme los mocos y esparcirme las gotas de agua por la cara en un intento por dejar de verlo todo turbio, empezaría a explicarte qué sucede.

Ayer escribí mi número de teléfono en un letrero naranja oscuro que ahora está colgado en la fachada de mi oficina. Ayer puse el cartel de “se vende” en la pared de mi empresa. Mi ilusión, desde ayer, está a la venta, y te puedo asegurar que no hay nada que te haga sentir más fracasado que ver cómo a tu sueño le ponen un precio.

Por eso llora mi mujer, por eso yo no sé qué hacer. Porque el sistema me ha vencido. Tantas horas dejándome la piel y empapando de sudor toallas y toallas para nada. Bueno, en realidad para nada no, para acabar quebrando y debiéndole a un banco miles y miles de euros que no sé cómo voy a conseguir.

Aún recuerdo a mi padre cuando decía aquello de “en lo que sea, pero el mejor”. Lo he intentado, papá, lo he intentado, pero ya da igual ser el mejor o el peor en algo.

Hoy día, todos acaban cerrando sus sueños por derribo.

PLATOS ROTOS

Vivo enamorado de tu sonrisa
Sólo si soy yo quien la provoca
Cheb Rubén

Cara: Amor

Mi primer amor se llamaba Alejandra.

Ambos vivíamos en la misma calle, puerta con puerta, y compartíamos horas y horas de juego en las que nuestros padres respiraban tranquilos por no tener que aguantarnos.

Siempre fui un revoltoso. No podía estar quieto, de tal manera que mis padres llegaron a sospechar que era hiperactivo, incluso me llevaron a un psicólogo para que les diese consejos sobre cómo sobrellevarme. El primer consejo fue que intentasen por todos los medios que no me aburriese, que tuviese siempre algo que hacer. Siguiéndolo, hablaron con los vecinos –que por aquel entonces eran únicamente dos o tres –que tuviesen hijos o hijas para que jugasen conmigo, creándose de tal manera una pandilla de niños en la calle.

La pandilla estaba formada por Sara, una chica dos años mayor que yo, mi primo, también dos años mayor, Alejandra y yo. No me acuerdo de todos los detalles de aquellos años, pero sí de cuando jugábamos a “príncipes y princesas”, en el cual Alejandra era la hija del rey y yo el príncipe

valiente que tenía que rescatarla de manos de la bruja, que era Sara.

Nunca he sido tonto, más bien todo lo contrario, así que cuando salvaba a Alejandra y mataba –siempre hablando en el contexto del juego –a la bruja mala, se oficiaba una ceremonia en mi jardín en la que mi primo –que por aquel entonces tenía interés por el sacerdocio –nos casaba. Nuestros besitos y abrazos eran los protagonistas del resto de la tarde. Así trascurrían mis días, jugando con mis amigos a un juego u otro de tal manera que acababa siempre casándome con Alejandra. Ella era lo que hoy día se conoce como mi novia, aunque a nosotros para ser felices no nos hacían falta etiquetas de ningún tipo.

No recuerdo cuando fue la primera vez que lloré, aunque según todos los indicios sería cuando el médico me torteo el trasero al nacer, pero sí recuerdo cuando lo hice por amor. Fue cuando me dijeron que Alejandra se mudaba lejos y no la volvería a ver nunca más.

No se despidió. No sé si fue porque los padres no la dejaron para no verla triste, porque tenían prisa o porque yo no le importaba tanto, pero me pasé la noche entera llorando. Al día siguiente mi madre, para que no estuviese mal, me compró un libro. Yo no sabía leer, pero ella empezó a leérmelo por las noches antes de dormir. Cuando lo acabó, quise que empezase de nuevo, pero ella en su lugar compró otro. Y una vez leído entero, otro, y otro. Hasta que aprendí a leer y en vez de leerme ella un libro antes de dormir, yo pasaba las noches enteras sin pegar ojo con un libro entre las manos. Y así han pasado los años y los libros.

Las palabras me hicieron olvidar a Alejandra, y al poco tiempo dejé de echarla de menos. Hoy tengo que agradecerle que se fuese porque gracias a ella puedo decir que empecé a leer por amor.

Cruz: Los hombres no lloran

¿Sabes cómo es el sonido de un plato al romperse contra el suelo? ¿Al estrellarse y hacerse pedazos? ¿Al partirse en añicos, añicos que nunca más volverán a estar unidos?

Ahora imagínate que ese plato era tu vida y que cada uno de los pedazos en los que se ha separado es una parte de ella que nunca volverá a ser como antes.

Yo lo he oído y me lo he imaginado cuando la madre de mis hijos ha tirado uno a mis pies y lo que he sentido en ese momento espero que nadie lo sienta, porque es un miedo indescriptible que simboliza que todo ha acabado.

La escena tiene un contexto. Ella siente que su vida a mi lado es una mierda, que no tiene sentido y el camino fácil para ella es decir que yo tengo la culpa de todo. Incluso ha llegado a gritar que nuestros hijos han sido un error y que nuestro matrimonio fue la peor decisión de su vida

¿Y por qué no? Puede que sea cierto. Puede que después de todo yo no sea lo suficientemente bueno.

Pero... ¿Nuestros hijos? ¿Que nuestros hijos no son lo suficientemente buenos?

Esa mujer, si es que se la puede llamar así, no tiene ni idea de lo que hace sufrir cuando abre la boca, ni tampoco de las hemorragias internas que provoca ahí donde más duele. En el alma.

Lo peor es la banda sonora. Manuel y María llorando al otro lado de la puerta, asustados. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿De dónde voy a sacar fuerzas para decirle a mis niños que no pasa nada, que todo va a ir bien cuando en realidad pienso que la vida es una mierda? ¿Con qué cara me voy a agachar a donde ellos están acurrucados, a abrazarles, a decirles que les quiero, que lo siento mucho y que... y que nada va a ser igual?

Los hombres no lloran, ¿No? Entonces, ¿Esto qué es? El que inventó ese tópico nunca decepcionó a sus hijos.

Respecto a ella puedo decir, como dijo un poeta, que yo la quise y ella, a veces, también me quiso.

Al final, tantos años respirando el mismo aire... tantos minutos, tantos segundos riendo juntos, creyendo que nada nos separaría y al final nos ha separado el dolor. El dolor de saber que por mucho que te guste una pared, chocar con ella solo te hace daño.

¿Pero qué más da nuestro pasado si en el presente las peleas son constantes? Echar de menos no sirve de nada. Ni las lágrimas. Ni la rabia. Nada sirve de nada si no actuamos en consecuencia y, cuando yo he querido actuar, ha sido demasiado tarde. El plato ya estaba roto.

MAMÁ

Siempre por ti, para lo bueno y para lo malo
Te dio la vida y ese es el mejor regalo.
Swan Fyahbwoy (Elán Swan Fernández)

Cara: Medias negras

Siempre me despiertan los mismos ruidos. Cada noche me sobresalta ese girar de una llave lentamente en la cerradura, ese intento de cerrar silenciosamente la puerta y esos pasos de unos pies descalzos sobre la alfombra. No lo veo, pero sé que se ha quitado los tacones con los que trabaja y los lleva en la mano para no despertarme.

Una sonrisa asalta mi rostro entre las sábanas mientras ahogo la risa al oírla maldecir en susurros tras haber tropezado con el mismo paragüero con el que se tropieza cada día. Entonces es cuando me llega ese olor a alcohol y a tabaco que se impregna en sus ropas mientras está en su curiosa oficina, en la que todos se lo pasan bien, en la que cada jornada laboral es una fiesta donde los hombres se emborrachan y las mujeres bailan.

Pero a ella no le gusta su empleo, aunque sonrío cuando estoy cerca, y en ocasiones, para reforzar su farsa, habla de lo maravilloso que es ir cada tarde hasta la parada de autobús, esa que está tan alejada de casa y que la lleva hasta la misma puerta del edificio en el que trabaja. Y también comenta que le encanta volver tan tarde, ya que así aprovecha el día. Pero sé que miente.

Hace tiempo que dejé de ser un niño. Cuando cada noche, sea la hora que sea, me despierta su llegada a este viejo piso alquilado al que llamamos hogar, me voy dando cuenta de la realidad, a base de golpes contra el paragüero.

Pero es mi madre, y por ella consigo que de mi melancolía salga siempre la más ancha de las sonrisas, finjo una inocencia que perdí hace mucho y me hago el dormido cuando viene a darme un beso cada madrugada, antes de acostarse.

Porque he comprendido que ella va a su curiosa oficina por mí. Por darme una cama y comida caliente, aunque tenga que preparármela yo, porque su horario de trabajo le impide estar junto a mí todo lo que ambos quisiéramos.

Por mí, incluso, tiene que vestirse con ese horroroso uniforme cada mañana, ese que tiene unas medias negras que al llegar a casa tiende entre su orgullo y yo.

Cruz: Sonríe, por favor

Ya no es de noche cuando Alicia se despierta. Sus ojos se abren venciendo su lucha contra la gravedad y el sueño pero no logra enfocar la mirada. Tras frotarse un poco los párpados y pestañear varias veces, consigue distinguir el techo. Ella no sabe qué mensaje esconderá, pero su subconsciente no le permite quitar la vista de esa superficie lisa que de repente le ha resultado tan atractiva.

Cuando el paso del tiempo vuelve a tener sentido se sienta en la cama, pero su cerebro dormido la induce a volver a mirar a la nada, esta vez en dirección al armario. Al final se pone de pie y tras vestirse con el uniforme de su curiosa

oficina, camina hasta el umbral de la puerta del cuarto de baño, donde tiene su primer cara a cara con el espejo.

–Sonríe, por favor –se dice a sí misma –El día en el que no lo hagas será un día perdido.

Mientras se lava la cara el silencio vuelve a ocupar la habitación, pero huye espantado al abrir ella la boca y seguir diciendo frases que la ayudan a empezar el día.

–Alicia, sonríe hoy. Quizás mañana no puedas.

Tras peinarse medianamente bien comienza la tarea más laboriosa de sus mañanas: Maquillarse.

No es que ella sea una mujer coqueta que intenta aparentar menos edad o más perfección en la piel. Tampoco es que tenga una cicatriz destrozando la belleza de su rostro, en absoluto. Se acicala porque su trabajo se lo exige. Alicia adora su ocupación. Tanto le gusta, que lo hace gratis por el simple amor al arte. Porque lo que ella hace cada día es arte.

Cuando termina de pintarse la cara, coge su maletín y abandona su casa mientras vuelve a motivarse para enfrentarse a lo que le depara la jornada cantando en voz baja aquella vieja canción de Serrat.

–”Hoy puede ser un gran día, plantéatelo así...”

Todo el que conoce a Alicia habla de ella con elogios. ¿Cómo describir si no a una persona con un corazón tan grande? Una persona que tiene el convencimiento de que si con tu vida no haces mejor la de otra persona, estás perdiendo el tiempo.

Pero solo se puede ser tan bueno si antes lo has pasado muy mal.

A Alicia se le entristece la mirada cada vez que alguien le habla de su hijo, por eso sus amistades cercanas y no tan cercanas han decidido, tras un acuerdo tácito, no mencionarlo bajo ningún concepto.

Y es que Víctor tenía siete años cuando le diagnosticaron cáncer terminal. Sin un marido a su lado que la ayudase, ella se volcó en vivir por y para su hijo, dejando su empleo y convirtiendo la habitación de hospital de Víctor en su hogar.

La enfermedad de su hijo marcó un antes y un después en su vida. Y lo que más le dolía era ver día a día como, mientras su hijo se moría, no sonreía. Por mucho que se esforzaba, su hijo no era feliz y eso a ella la mataba por dentro. La impotencia de no poder hacer nada que no fuese prometer cosas que sabía que no se cumplirían la asfixiaba produciéndole un malestar permanente.

Pero un día todo eso cambió. Al hospital llegaron un grupo de payasos que se dedicaban a eso de forma altruista. A hacer felices a los niños que más necesitaban serlo. No soy quién para transmitirlos la emoción que inundó a Alicia en el momento en el que la mirada de su hijo se iluminó, en el instante en el que esa sensación que le oprimía el pecho desapareció, pero cuando Víctor se fue ella supo qué quería hacer el resto de su vida. Devolver la ilusión y las ganas de vivir a todos esos niños grises que sobreviven en una cama de hospital y darles lo que tantos medicamentos no podían: Felicidad.

Por eso cuando Alicia, vestida igual que un payaso y con la cara pintada de colores aparca el coche y entra por la

puerta del hospital, sonrío. Porque sabe que no hay nada más hermoso que la sonrisa de un niño.

Y es que en el fondo todos somos, por mucho que crezcamos, unos niños con demasiadas tonterías en la cabeza.

SOCORRO

Cierro los ojos y se apaga el universo
Pequeño telón para escenario tan inmenso.
Xhelazz (Mario Celimendiz)

Cara: Carmelo

Mis padres habían tenido peleas. Él incluso se fue de casa y estuvo dos días “de viaje de negocios”, como ella me decía. Por suerte se reconciliaron y lo acabamos celebrando en un bar llamado Carmelo. Era un local viejo –todo lo que tuviese más años que yo, a mi modo de verlo, era viejo –situado a las afueras de la ciudad, pero en el que la calidad del servicio y la de la comida eran excelentes. Prueba de ello es que está siempre lleno de clientes. Digamos que a los dueños les iba todo sobre ruedas.

Nosotros pensábamos llegar a las nueve, hora en la que abrían, para tener sitio asegurado y no tener que esperar a que se quedase libre alguna mesa, pero de camino hacia allí se nos pinchó una rueda. Mi padre nunca ha tenido mucha idea de coches –mi madre, menos –así que tuvo que llamar a la aseguradora para que viniesen a arreglarlo.

Era una compañía que presumía en los anuncios de su espléndida cobertura en carretera, de su compromiso con el cliente, de su velocidad a la hora de atender las averías del asegurado; sin embargo, tuvimos que esperar dos horas a que viniesen. En aquel momento supuse que a alguien se

le habría caído una caja de chinchetas en el asfalto y habrían tenido que arreglar muchísimos pinchazos.

Cuando nos volvimos a poner en marcha, mis padres dudaron si ir al Carmelo o regresar a casa, pero tras pedirlo yo por favor –llorando y exigiendo que quería cenar allí –mi padre puso rumbo al restaurante.

A la hora en la que entramos por la puerta ya no había tanto ambiente porque claro, todos habían comido ya. Por “no había tanto ambiente” quiero decir que era tan tarde que el dueño fue generoso al hacernos de comer, pues ya no había nadie y estaban a punto de cerrar.

Pedimos una pizza y un plato de patatas con queso –siempre me han encantado –y nos la sirvieron a los veinte minutos. Yo tenía sueño, pero más hambre, así que empecé a comer como si no hubiese comido pizza ni patatas en varios años.

El edificio era cuadrado –no exactamente, pero para que os hagáis una idea. Al entrar tenías la barra pegada al lado izquierdo del marco de la puerta y tanto en frente como al derecho de éste estaban dispuestas las mesas. También tenía terraza, pero a esa hora ya estaba recogida. Había un camarero fregando el suelo y nosotros estábamos en una de las mesas del centro, algo incómodos porque sabíamos que teníamos que darnos prisa.

Yo estaba bebiendo rápidamente mi lata de refresco porque la pizza recién hecha me había quemado la lengua cuando un coche se paró frente a la puerta, aunque claro, yo de eso no me di cuenta. De lo que sí que me percaté fue de los cuatro hombres que entraron en el Carmelo, y no

porque yo fuese muy sagaz u observador sino porque llevaban una bufanda por encima de la nariz y un gorro por debajo de las cejas, algo extraño ya que aunque era otoño no hacía tanto frío. Además, en cuanto estuvieron dentro sacaron unas pistolas en las manos que se parecían mucho a las que salían en mis videojuegos, y desde ese momento captaron toda mi atención. La de mis padres, también.

En ese momento sólo estábamos allí nosotros, un empleado y el dueño, que estaba en el interior de la cocina, por lo que no se había enterado de nada. Sin embargo, el camarero, que estaba prácticamente a nuestro lado, se asustó tanto que dejó caer la fregona y levantó las manos en seguida.

Mientras dos de ellos bajaban la malla metálica y cerraban la puerta del local, un tercero nos encañonó con su pistola. El cuarto, que parecía ser el jefe, nos hizo a todos un gesto pidiéndonos el más absoluto de los silencios. Entonces, el dueño salió de la cocina diciendo, con gesto afable:

—¿Qué, Raúl? ¿Ya se han ido los últimos clientes?

Había salido atraído por el ruido que habían hecho los encapuchados al bajar la malla metálica, confiado de que sería su empleado el que había cerrado. Al ver la escena, su expresión simpática se tornó en una de pánico y su rostro languideció. Tartamudeando, se dirigió a ellos:

—¿Qui—quiénes son ustedes? ¿Q—Qué quieren?

Los dos malos, por llamarlos de alguna manera, le apuntaron con sus armas. El jefe de ellos tomó entonces la palabra.

—Hombre, Carmelo, buenas noches. ¿No nos vas a invitar a una copa?

No se le veía la boca, pero era evidente que sonreía bajo la bufanda. Estaba disfrutando con todo aquello.

Carmelo, el dueño –obviamente le había puesto su nombre al bar –boqueó un par de veces sin llegar a decir nada. El miedo le había robado las palabras.

–Vamos, hombre, no seas maleducado con las visitas. Chaval –dijo, esta vez mirando al camarero –sírvenos a todos una copa. Pero a mis chicos un refresquito, que están trabajando.

“Sus chicos” soltaron una carcajada, como si la ocurrencia de su jefe fuese propia de un humorista profesional. El camarero no supo muy bien si hablaba en serio. Se le veía dudar si ir tras la barra a por las bebidas o no cuando el jefe se dirigió a nosotros, desentendiéndose de él:

–Siento que hayáis tenido la mala suerte de estar aquí. Os dejaría marchar, pero podríais llamar a la policía y eso estaría muy feo, así que hasta que yo no me vaya tendréis que seguir cenando con tranquilidad. Eso sí, no hagáis mucho ruido.

Nosotros asentimos como si no hubiésemos hecho otra cosa en toda nuestra vida. Era la primera orden amable que me hacían en mi existencia que no pensaba desobedecer. Qué pena que fuese por la violencia que ofrecía su arma de fuego.

Tras una pequeña pausa, como si saborease el silencio, alzó un poco más la voz para que todos le oyésemos bien:

–Huelga decir que espero que a ninguno se le ocurra hacer una tontería, estoy aquí por negocios, seamos serios. Que esto –dijo alzando la pistola por encima de su cabeza –no es de juguete.

Nadie que no fuese él se atrevía a hablar. ¿Miedo? Puede ser, pero ese hombre también imponía respeto, y eso que es difícil transmitirlo cuando ocultas la cara.

—Bien Carmelo, abra usted la caja fuerte donde guarda la recaudación. Estamos a fin de mes, no intente hacerme creer que está vacía. Dos de mis chicos le acompañarán.

Hizo entonces un gesto a los dos que habían abierto la puerta y éstos se acercaron al hombre, que comenzó a andar hacia el interior del edificio seguido por los dos atracadores, uno de los cuales sacó una bolsa de basura del bolsillo y la empezó a desenrollar.

Cuando se perdieron de vista, el jefe se sentó en una de las sillas de la barra, se bajó la bufanda dejando descubierta la boca y, tras buscar en el bolsillo, se puso un cigarrillo en la boca.

—Manu, ¿Tú tienes fuego?

El tal Manu —el otro encapuchado, el que encañonaba al camarero —negó con la cabeza. Entonces el jefe se giró hacia el camarero, mirándole y dejando tácita la respuesta. El camarero por su parte, empezó a decir:

—Tras la barra hay un encendedor. Si quiere voy a...

Pero el jefe le interrumpió con un gesto mientras él mismo se levantaba y se colaba de un elegante salto tras la barra. Tras mirar unos segundos bajo ella, acabó sacando un mechero, el cual como comprobó segundos más tarde, no funcionaba. Entonces se dirigió a nosotros y dijo aterciopelando las palabras:

—¿Alguno de ustedes tendría la amabilidad de...?

Y no es que mi padre sea un cobarde, pero le faltó tiempo para buscar en su chamarreta y sacar lo que el atracador quería.

Dos caladas después, el camarero metió la pata.

—¿Puede apagarlo, por favor? Es que aquí está prohibido fumar porque el humo se posa en la comida...

Aunque lo que estaba diciendo era algo completamente razonable, el sicario que llevaba todo el tiempo vigilándole no le dejó acabar dándole un golpe con la culata del arma y dejándolo inconsciente.

Su jefe le mostró una mirada de reproche —no muy seria —y le regañó:

—Bueno, bueno, ya lo apago... Pero Manu, por Dios, eres un bruto.

—Lo siento jefe.

Pasamos unos minutos en silencio. Nosotros, como el atracador nos ordenó amablemente, seguíamos comiendo cuando volvieron sus compañeros con el saco repleto de lo que supuse que sería dinero. El dueño iba delante de ellos, limpiándose el sudor con la manga del jersey.

El final de todo fue más rápido de lo que me esperaba. Los dos que habían ido a por el dinero abrieron el restaurante de nuevo y salieron, seguidos por su jefe que se despidió de nosotros con un cabeceo y un “que aproveche”. En cuanto se perdieron de vista Carmelo, el propietario del local, se encaminó al teléfono y llamó a la policía. Mi madre se abrazó a mí llenándose de besos y mi padre fue a socorrer al camarero inconsciente.

Yo me dejé besar y abrazar por mi madre mientras lo único que me preocupaba era que el jefe de los malos se había llevado el mechero de mi padre y nadie parecía darse cuenta.

Cruz: No te escondas

Cuando llegó a su casa, ya en la intimidad del cuarto de baño, se miró al espejo y su propio reflejo apartó la mirada, avergonzado.

Tenía perdida la expresión de los ojos, de tal manera que al mirarse en el cristal ni siquiera él mismo sabía qué sentía. Quiso eludir su propia mirada y entonces vio que sus manos estaban ensangrentadas.

El temor le invadió. Pero no por no saber cuál era la procedencia de aquella sangre, que la desconocía, sino por la tranquilidad con la que comenzó a lavarse las manos.

¿En qué clase de monstruo se había convertido?

Su cuerpo estaba ileso y eso lo sabía inconscientemente. ¿Cómo podía haberse manchado de aquella manera? No recordaba qué había ocurrido. En su mente había lagunas que le impedían conectar unas ideas con otras y sentía que la cabeza le ardía por dentro. Estuvo a punto de darse de bruces con la realidad, pero pasado un segundo no se acordaba de la sangre. Empezaron a acudir a él imágenes de la nada, semejantes a fotografías tomadas desde los ojos de una persona que no podía ser él mismo por la sencilla razón de que en ellas, como si de fotogramas desordenados se tratasen, el dueño de la mirada violaba y asesinaba a una mujer con un cuchillo.

Todo le daba vueltas. No lograba entender qué sucedía, estaba confuso y de repente se sintió muy cansado. El mundo, poco a poco, se fue desenfocando mientras él, como movido por los hilos de un titiritero, se dirigía a la cama.

Cuando cerró los ojos soñó como si de un mero espectador se tratase todo lo que había pasado esa misma noche.

* * *

Miedo. Me refiero a esa sensación que le oprime el pecho impidiéndole respirar con normalidad mientras permanece acurrucada en el armario de su habitación, rezando para que no la encuentre.

La quiere matar. Por eso se esconde.

Está hecha un ovillo, huyendo del hombre que la persigue con un cuchillo por su propia casa. No debería de haber hecho caso a su hermana al apuntarse en una de esas páginas web para encontrar pareja, ni haber quedado con él sin conocerlo absolutamente de nada y mucho menos, haberle llevado hasta su domicilio. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

En el fondo del mueble intenta ser lo más pequeña posible. El mundo se le viene encima y la banda sonora es su voz. Esa voz que intenta seducirla acariciando suavemente las palabras, llamándola desde el otro extremo de la vivienda:

—No te escondas, preciosa. No voy a hacerte daño. Vamos a hablar y a pasárnoslo bien, solo eso. Vamos, preciosa. No me obligues a encontrarte

Mientras tanto, de su mente no desaparece el relato de lo que acaba de ocurrir, y lo revive una y otra vez inconscientemente.

En cuanto entraron en su casa tras la cita él, sin previo aviso, comenzó a manosearla sin ningún tipo de preámbu-

lo. La adrenalina se apoderó de ella, al igual que la testosterona de él y le propinó una patada en la entrepierna. Pero huyó en la dirección equivocada. En lugar de dirigirse a la salida, atravesó corriendo el pasillo, perdiéndose en la intimidad que la falta de luz le regalaba. Se esfumó hacia la seguridad momentánea que le otorgaba su cuarto. Pero era demasiado momentánea.

Ahora se siente herida. En la oscuridad, busca a tientas algo a lo que aferrarse, algo que la saque de la pesadilla que está viviendo, pero no encuentra nada.

Y entonces sabe que va a morir.

* * *

Mientras tanto en la cocina, él lleva un rato absorto. Ve la estancia, pero no mira nada. Toda la información de su entorno llega a su cerebro desorganizada, creando un caos en él mismo. Y eso, instintivamente, le encanta.

Está enfermo, trastornado, loco. Pero eso él no lo sabe. Y si lo supiese a estas alturas no le importaría.

Todas las mujeres son como María a sus ojos. Sí, son todas iguales, y ninguna la podrá querer porque es un monstruo. Sí, eso dijo ella. ¿Debería de creerla? Pero él la quería. Oh sí, claro que la quería. La amaba sobre todas las cosas, era el motivo de su sonrisa. Una sonrisa que se ha ido desdibujando hasta convertirse en una mueca macabra.

María le dejó cuando más la necesitaba. Y lo hizo de forma cruel, proporcionándole un dolor que nunca había sentido. Un sufrimiento que le desgarró por dentro hasta transformarlo en una mera sombra de lo que fue. Pero se

lo hizo pagar. No podría hacer que sintiese lo mismo que él había sentido, pero sí hacer que dejase de sentir. Pero no se sació con eso, tenía que acabar con todas aquellas que pudiesen recordarle su sufrimiento. Gracias a las páginas de internet para encontrar pareja, la búsqueda era sencilla. Solo tenía que introducir unos gustos y aficiones similares a los de María en su perfil.

Internet ha conseguido que estar loco sea fácil.

Entonces despierta de su ensimismamiento y empieza a buscar entre la colección de cajones y estantes que hay ante él. Cuando al fin encuentra lo que estaba buscando, un gesto de alegría inunda su rostro, como el de un niño que ve un juguete nuevo.

Quizás algún adulto debería de haberle dicho que con la vida de los demás no se juega.

* * *

Mientras tanto, ella está tan asustada que la parálisis que sufre es voluntaria. Teme moverse incluso para mirar su reloj porque el silencio la envuelve. A ella y a toda la casa. Eso es mala señal.

Pero el sonido de un plato al romperse quiebra la quietud y provoca que los latidos de ella se acentúen más y más. El estruendo proviene de la cocina.

—Sal de donde estés.

Las sílabas golpean su oído como si se tratasen de puñetazos. No ha acabado aún de resonar todo dentro de su cráneo cuando otro plato se estrella de nuevo haciendo que sus pelos se ericen. Y tras cada embestida que sufre la

porcelana contra el suelo, su voz cada vez más desafinada e inestable, como su cordura, la invita a salir.

–Preciosa, sal.

Y luego se rompe otro, que suena más cerca, al igual que sus palabras. Se está acercando.

–Que no te voy a hacer daño

Y otro. Ella quiere gritar, salir de ahí. Necesita destrozar algo a patadas porque la ansiedad que la proximidad de él le produce va a acabar con ella antes que él mismo.

–¡¡Ahora!! ¡No pienso seguir esperando!

Y otro. Tic, tac. El tiempo no para y el hombre que quiere matarla tampoco.

Entonces él se ríe y la sangre de ella se congela. Es una risa triunfal que suena cerca, demasiado cerca.

Ella, acurrucándose aún más, reza para que él se vaya, para que no la encuentre nunca, pero parece que Dios en ese momento está dormido porque la única respuesta que recibe es la fuerza de su asesino al sacarla del armario y lanzarla hacia la cama para sentarse encima de ella inmovilizándola.

Los gritos de ella violan la noche, al igual que él a ella. Y en cada embestida anhela morir sabiendo que su deseo no tardará en cumplirse.

Supongo que hasta las peores pesadillas tienen un final. Lo último que siente cuando él le clava el cuchillo una y otra vez, es miedo. Ese pánico que se siente cuando ya no se siente nada y que más de una vez nos ha desgarrado a todos por dentro sin necesidad de ser cadáveres.

Y es que para morir no basta con dejar de respirar, también hay que perder la esperanza.

HORÓSCOPO

Y con Dios mantuve un pacto demasiado triste
El jamás habla conmigo y yo no digo que él no existe.
Nach (Ignacio Fornés)

Cara: Parque de atracciones

Tras ponernos ambos el cinturón, arrancar el coche y avanzar en él varios metros, mi madre me dijo:

–Cariño, vamos a un parque de atracciones.

Miré a mi madre sin entender nada. ¿Parque de atracciones? Ella se dio cuenta de que exigía una explicación, así que prosiguió.

–Verás, esto es algo especial. No es como Disneyland, no hay montañas rusas ni espectáculos. Consiste en vivir en el hospital unos días, como si estuvieses muy enfermo. Te harán pruebas, dormirás en un cuarto de allí, te juntarás con otros niños como tú...

Mi mamá sabía que aunque tuviese solo siete años, de mayor quería ser médico, así que; ¿Qué mejor lugar al que ir de vacaciones que un hospital?

–¿Y cuánto dura?

Estábamos en Agosto, acabando el verano, y en unas semanas tendría que volver al colegio.

–No lo sé, Pablo, eso depende de lo que decidan los doctores a través de las pruebas. A lo mejor estás un día, o tal vez un mes, no se sabe.

La alegría subió en mí como la espuma. Iba a conocer a médicos de verdad y seguramente perdería clase. ¿Qué más se podía pedir?

Yo estaba tan entusiasmado que no veía la preocupación en las miradas furtivas que mi madre me lanzaba a través del retrovisor y por eso no me preocupé. Para mí, iba a vivir una experiencia fantástica.

Cuando entramos en el hospital, y tras rellenar unos papeles, nos llevaron a una habitación. Tenía dos camas; una estaba vacía —era la mía— y la otra estaba ocupada por un niño algo mayor que yo. Estaba perfectamente, excepto porque estaba calvo.

Nunca había visto un niño calvo, así que nada más verle, le pregunté a mamá:

—Mamá, ¿Qué le pasa a ese niño?

Él, si se enteró, se hizo el sordo. Ella me respondió:

—Está malito. Por su enfermedad, se le cae el pelo. ¿Por qué no hablas con él y os hacéis amigos? Él será tu nuevo compañero de habitación.

No es que se le cayese el pelo por su enfermedad, sino por el tratamiento para curarla, pero eso yo no lo sabía. Me acerqué a él, empezamos a hablar y así fue como conocí a Alberto. Tenía diez años. No había asimilado aún que era la vida y ya se le estaba escapando. Cáncer se llamaba su enemigo, y quimioterapia su mayor miedo.

Tenía el mismo cáncer que yo, pero claro, ninguno de los dos lo sabíamos. Ambos nos creímos la versión de mi madre de que yo estaba allí de visita, como en un campamento. Me hacían pruebas, venían doctores a verme, e incluso

llevaba a veces un gotero, pero yo me sentía perfectamente. Hasta que empecé a entrar en las salas de quimioterapia. Mareos, vómitos y un malestar constante. Era una tortura, algo para lo que no estaba preparado y que mi cuerpecito no sabía soportar.

Aun así no me quejé. La medicina es eso, ¿No? Dar vida, aunqu duela.

Poco después de empezar la quimio, mamá me dio la idea de que me afeitase la cabeza y me quedase calvo como Alberto, para que él se sintiese mejor y luchase con más fuerzas contra el cáncer. Así lo hice, y la alegría que le inundó hizo el momento inolvidable.

Los días pasaban, y las hojas del calendario iban cayendo. Casi sin darme cuenta, ya había perdido medio año de clase, y eso ya me preocupaba. En el fondo, lo echaba de menos. Pero, sin embargo, mamá y yo seguíamos allí de vacaciones.

El primero en irse fue Alberto, pero lo hizo sin despedirse. Recuerdo que estaba muy malito y que iban a visitarle parientes que él mismo me confesaba que no conocía. Supongo que es lo que tiene la familia, muchos no se acuerdan de ti hasta que no es demasiado tarde.

Un día simplemente me desperté y su cama estaba vacía. Todas sus cosas habían desaparecido como por arte de magia. Nunca lo entendí. Mi mamá me dijo que se había puesto bueno y que lo habían llevado a casa. Pero... ¿Sin despedirse? Acabé odiándole por haberle puesto fin a nuestra amistad de una forma tan estúpida.

Lo que yo no sabía era que morir no era culpa suya.

Yo seguí unos meses más, y cuando salí ya me había vuelto a crecer el pelo y había aprendido mucho. Incluso había estado en un quirófano, siendo operado –aunque obviamente no me habían hecho nada, abrir y cerrar, lo justo para que tuviese una bonita cicatriz de recuerdo–.

El día que volví a respirar el aire de la calle, había pasado exactamente un año desde que ingresé en el hospital y lo hice tal y como entré. Lo que yo no sabía era que durante mi estancia allí había luchado contra la muerte y yo, siendo tan solo un niño, la había vencido.

Y mientras mi madre lloraba de alegría cuando salimos ambos de la mano de aquel edificio, yo solo podía pensar en todo el tiempo de colegio que había perdido. Eso sí, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cruz: Flor Marchita

Me despierto sudando en una cama que no es la mía tras una pesadilla.

Al alivio momentáneo de saber que no van a devorarme unos dragones, le sigue esa sensación de que el mundo se me cae encima al darme cuenta de donde estoy.

No me ha hecho abrir los ojos el despertador como cada mañana, sino ese ruido que emite el maldito gotero cuando se le acaba el suero. Rápidamente, una enfermera con paso ligero viene a cambiarlo y a detener la alarma, pero yo ya estoy despierta.

El que dijo que nada era imposible nunca intentó dormirse en una sala de hospital en la que sólo estáis tú y tus preocupaciones, en la que tienes un dolor que las medicinas

no pueden curar; ese sufrimiento que se siente cuando te falta una parte de tu cuerpo que sabes que nunca vas a recuperar.

Hace unas horas salí de un quirófano en el que me extirparon un tumor, y, con él, mi pecho izquierdo.

¿Qué se siente? Es algo así como esa sensación de no querer sentir nada pero sentirlo todo. Cuando ha venido mi familia a visitarme nada más recuperar el conocimiento, me he distraído hablando con alguien sobre algo que no tiene nada que ver con mi enfermedad, incluso he tenido la impresión de que estaba completa, pero a los pocos segundos la realidad me ha golpeado como un jarro de agua fría y he empezado a llorar. He comenzado a pensar, y eso es lo menos recomendable para una persona en mi situación. Desesperada, le he dicho a los que estaban a mi alrededor ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Soy buena persona, o al menos lo he intentado. ¿Por qué a mí, que nunca he hecho daño a nadie? Yo, que siempre he sido amable con la vida y he vivido con ganas. ¿Por qué, Dios mío, por qué yo?

Entonces se fueron yendo, quedándome sola con mi marido, llorando en su hombro mientras me abrazaba lo mejor que el gotero, la cama y mi dolor en el pecho le dejaban.

Ahora él está dormido en una butaca a mi lado. Ni se ha inmutado con el ruido con el que yo me he despertado. Es un cielo, el pobre está que no para desde que me ingresaron, no se ha separado de mí ni un momento. Incluso intentó que le dejaran estar en el quirófano durante la operación. En los momentos difíciles, tener a alguien que te quiere y a quien querer puede salvarte la vida.

Hoy no, pero quizás el día de mañana sea optimista y piense todo eso. En este momento solo puedo tirarme de los pelos con rabia y frustración. Bueno, eso sería si la quimioterapia no me hubiese quitado eso también.

Quizás mañana sonría cuando me digan que Dios aprieta, pero no ahoga.

Y sí, puede que tal vez no ahogue, pero deja los dedos señalados.

Nota del Autor:

Este ha sido uno de los últimos relatos que he escrito del libro por la sencilla razón de que siempre ha sido un tema que de una forma u otra ha estado presente en mi vida y pretendía olvidarlo. Por eso quiero dedicarlo –tanto la cara como la cruz –a mis abuelas Matilde y Amalia, a mis abuelos Pedro y Manuel, a Chari Cáneva –madre de uno de mis mejores amigos –y a todos esos héroes y heroínas que, les conozca o no, han pasado por esta enfermedad. Un abrazo, gracias por ser tan fuertes.

MAGIA

Cuando no puedo más y me estoy ahogando
 Pienso: "La sonrisa tiene forma de barco", y estoy a salvo.

Ferrán MDE

Cara: Por la magia del arte

Tenía calor, pero aun así mis extremidades estaban frías, congeladas. Si me hubiese pasado la mano por la frente, habría recogido perlas de sudor. Eran poco estéticas, pero mojarme los dedos habría sido contraproducente para lo que tenía que hacer a continuación.

Estaba sentado en una silla, esperando mi turno, frotándome constantemente las palmas de las manos con los pantalones, que eran oscuros, como toda mi vestimenta.

Tic tac. Cada vez quedaba menos.

Mi cuerpo estaba poseído por un nerviosismo que hacía que hasta respirar me resultase difícil. Las inspiraciones y espiraciones eran arrítmicas, no podía controlarlas. Me costaba mucho trabajo no moverme de mi silla y salir corriendo, pero entre pensamientos tartamudos, logré vencerme de que tenía que dar la cara.

Entonces, la música que inundaba la sala y a la que yo no estaba muy –por no decir nada –atento, cesó y fue sustituida por una salva de aplausos. Segundos después, la sala se quedó en silencio y supe que es la señal de que era mi turno. Me puse en pie, y aunque apenas levantaba la mira-

da poco más de un metro del suelo, pude ver como mis padres se levantaban mientras aplaudían como locos. Eso no hizo más que acrecentar mis nervios porque a ellos se les unió toda la habitación desde sus butacas.

Me acerqué al escenario y subí los tres escalones temiendo –como llevaba temiendo todo el día –tropezarme al subir. Di unos pasos más y justo antes de sentarme en la banqueta frente a mi instrumento, incliné la cabeza para saludar al público y, al incorporarme muriéndome de la vergüenza, dije que la pieza que iba a interpretar iba dedicada a mi madre, por ser su cumpleaños y por ser tan fantástica como es. Acto seguido me senté y me zambullí entre esas cincuenta y seis teclas blancas y cuarenta negras que adornaban como siempre han adornado la superficie del piano.

Cruz: Por arte de magia

La noche de hoy se me va a hacer más larga que de costumbre. Lo sé en cuanto cierro la puerta de mi casa tras entrar en ella con Pablo.

Acabamos de llegar después de ver la cabalgata por las calles de la ciudad, de ver a los niños ilusionados cogiendo los caramelos que los Reyes Magos les lanzaban desde sus carrozas.

Todo ello sucedía bajo la despreocupada mirada de sus madres, las cuales habían aprovechado la ocasión para quedar con sus amigas y contarse entre ellas cómo estaban siendo las navidades.

Mientras Pablo vivía en primera fila el espectáculo de diversión que ofrecía el pasacalles yo, al igual que el resto

de las madres, le esperaba en un lugar menos agobiante dejando que él disfrutase. Dejaba pasar el tiempo pero entre tanto era sometida a una tortura psicológica e involuntaria que me producían los comentarios de aquellas a las que la vida les sonríe tanto en el trabajo como en la familia. Cosas que yo, y no por mi desgana, no tengo.

—Pues en Nochevieja nos lo pasamos genial, vino toda la familia a casa y no nos pudimos reír más con Manolo. Ya sabes, el hermano de...

¿Familia? Antes yo tenía de eso, pero ahora...

—Y a Javi le hemos comprado la videoconsola nueva que él quería. Es que en el trabajo a Paco y a mí nos han mantenido la paga extra y...

¿Trabajo? Eso también lo echo de menos.

Las cosas han cambiado demasiado en muy poco tiempo. Mi marido y yo trabajábamos ambos en una fábrica de una conocida marca de refrescos. No ganábamos mucho pero sí lo suficiente como para saber que nunca nos faltaría de nada porque nunca lo quisimos todo.

Pero todo cambió el verano en el que Pablo, nuestro hijo, cumplió cuatro años. La empresa realizó un E.R.E. —un expediente de regulación de empleo— que dejó en la calle a trescientos veinticinco trabajadores. Entre ellos mi esposo y yo.

Ahora él está en otra provincia con un contrato temporal y hace ya casi dos meses que no le veo. El dinero que el estado da a las personas desempleadas dejó de llegar con el paso del tiempo, así que su sueldo, que está al límite del mínimo interprofesional, es lo único que tenemos para comer.

Lo peor es que en Navidad Pablo y yo estamos solos porque el hecho de que su padre volviese a casa en estas fechas nos costaría más dinero del que gana.

Por eso la noche de hoy va a ser más larga que de costumbre, porque es la velada en la que los Reyes Magos visitan las casas de las familias del mundo a traer regalos. O al menos eso cree mi hijo el cual, aunque él no lo sabe, al levantarse no tendrá ningún envoltorio que destrozar. Solo el de la desilusión.

Entonces le llevo hasta su cama y mientras le acaricio el pelo le digo que el día de mañana será especial porque los Reyes Magos no van a poder venir a casa.

Su cara al recibir la noticia cambió por completo. Pasó de los nervios y la felicidad característicos de un niño en estas fechas a la angustia y la incomprensión de quien es decepcionado.

—Mamá, ¿¡Qué dices?! ¡Los Reyes son magos! ¡Siempre vienen!

Tengo ganas de llorar pero las contengo fijando la vista en sus ojos. Sé que no puedo derrumbarme, aún no. Tengo que ser fuerte por el niño de seis años que, desesperado, busca una respuesta en mi mirada cargada de tristeza.

—Son magos Pablo, pero...

Y hago una pausa porque sé que mentir no está bien. Pero no tengo otra opción.

—Me ha llegado un mensaje de disculpas del director de Correos. Dice que la carta que les enviaste a los Reyes Magos se ha perdido y que lo siente mucho.

¿Que por qué he dicho eso? Porque no hay mejor regalo que el de la inocencia y no puedo ser yo la que se la quite a

mi hijo. Ahora se enfadará y con toda la razón del mundo, pero los enfados pasan. Sin embargo, cuando la inocencia se pierde no se recupera jamás.

– ¡¿Qué dices?! ¡¿Cómo puede haberse perdido!?

Pocas cosas hay peores en la vida que ver la decepción en el rostro de alguien a quien amas y no poder hacer nada por borrarla de él. Bueno, sí. Que él te eche la culpa.

–Lo siento, de verdad. Yo...

Mientras intento consolarle me acerco a él para abrazarlo pero me interrumpo cuando él, llorando, se aleja de mí rechazando mis palabras.

Antes de irme y apagar la luz de la habitación, susurro una disculpa más. ¿Por qué pedimos perdón por cosas de las que no tenemos la culpa en realidad y de las que nosotros también somos víctimas?

Al derrumbarme en mi colchón para compartir mi pena y mis lágrimas con la almohada, dejo pasar los minutos sin saber en qué pensaba ni qué hora era cuando me dormí.

* * *

–¡Mamá! ¡Mamá!

Pablo me está zarandeando entre gritos. ¿Qué pasa? No lo sé. Me duele la cabeza y el sueño no me deja pensar con claridad. Tras frotarme los párpados y enfocar la vista le prestó atención a mi hijo.

–¡Mamá! ¡Han llegado los Reyes!

¿Qué dice? ¿Habré soñado lo que le dije ayer? No, imposible.

—Pablo, cariño, ya te dije que la carta se había perdido...

Pero él me detiene. Está muy nervioso y alterado mientras yo solo estoy confundida.

—¡Que sí mamá! ¡Mira, ven!

Me coge de la mano y me arrastra a través del pasillo camino del salón. ¿Qué mosca le habrá picado? ¿Se habrá olvidado de lo que hablamos anoche?

Y cuando miro dentro de la habitación lo veo. O mejor dicho, los veo.

¿De dónde han salido tantos regalos?

Él se abalanza hacia los paquetes y empieza a desempaquetarlos con velocidad. Yo me quedo mirándole sin entender nada.

¿Qué ha pasado? No lo entiendo, yo no he comprado nada y los Reyes Magos no existen... ¿Cómo ha podido aparecer todo eso de la nada? ¿Y si sí existen?

Entonces dejo de pensar el por qué y el cómo y empiezo a vivir el momento. Porque me da igual todo con tal de volver a ver la sonrisa cargada de alegría de Pablo. Porque esa es la auténtica magia y por eso los Reyes son magos, por lo mágico que es ver a un niño ilusionado.

Y a fin de cuentas... ¿Quién sabe? Puede que los Reyes Magos, después de todo, no sean los padres.

ESTÉS DONDE ESTÉS

Ríe cuando puedas, llora cuando lo necesites
El Chojín (Domingo Antonio Edjang)

Cara: Me echo de menos

Hoy he salido a dar un paseo. Estaba teniendo un mal día y los problemas me agobiaban, así que me fui de casa sin darle explicaciones a mi perro dispuesto a pasar una noche conmigo mismo para replanteármelo todo otra vez.

No tenía planeado ningún destino, lo juraría por Dios si creyese en él o por mi padre si ese hombre me importase lo más mínimo. Sólo pensaba en no pensar, dejándome llevar por mis pasos a donde fuese, con tal de irme lejos de la rutina y de mis depresiones.

Y entonces, te vi a ti.

Bueno, no exactamente. La imagen que mis pupilas reflejaron en realidad era ese parque donde solíamos jugar cuando yo era más joven y cuando tú aun estabas aquí conmigo. A lo que me refiero es que mi cerebro se convirtió en un cine en el cual se emitió, por unos instantes, un cortometraje en el que un niño pequeño sentado en un columpio era impulsado por un anciano. Ambos sonreían, el nieto y el abuelo, tú y yo.

Sin embargo, el proyector que emitía la película en mi cabeza se apagó por el cortocircuito que mis lágrimas causaron al salir a borbotones y empañarme la visión. La tier-

na escena fue sustituida por la fría estampa que ofrecían los columpios oxidados moviéndose por el viento del invierno y la banda sonora que ofrecían nuestras risas fue apartada por los chirridos que recomendaban un engrasado de las cadenas.

Abuelo, o papá, que era como realmente te solía llamar, te quiero. Ahora más que nunca, y como tantas otras veces, necesito ese abrazo fuerte, ese tan tuyo que me impedía respirar pero gracias al cual podía seguir respirando. Te necesito aquí, al lado de este niño chico que no sabe ni cómo está andando sin que tú le ates los cordones, este bebé que tanto te necesita. Porque habré crecido, habré mudado la piel, habré llorado, habré hecho daño y me lo habrán hecho, pero sigo sintiéndome como ese chiquillo que te necesita.

Me echo de menos a tu vera, siendo empujado por ti en el columpio y escuchando tus quejas sobre la abuela. Pero sobre todo, añoro tus consejos para seguir adelante. Esos que hoy necesito tanto.

Menos mal que me apunté bien ese de que no llorase por aquellos que ya no están, dado que sólo muere quien se olvida. Por eso tú siempre serás eterno.

Cruz: Te echo de menos

Cada día me cuesta más levantarme cada mañana.

No es que se me peguen las sábanas y el sueño no me deje abrir los ojos, al contrario. Padezco una de las enfermedades más crueles para acompañar a la soledad, el insomnio.

La cama es más incómoda desde que te fuiste. Dormir se me hace difícil, pero aún más si no estás a mi lado. Creo que me acostumbré a tu presencia al otro extremo de la cama y ahora que palpo el lugar donde debería estar tu cuerpo y solo encuentro vacío, las consecuencias de haber sido feliz en una rutina que ya acabó me pasan factura.

Hace tiempo oí que al lugar al que has sido feliz no debes tratar de volver. Quizás tiene razón y quizás peco de idiota cada vez que vuelvo a taparme con las mantas buscando el calor que tú me dabas, pero es que el vacío que has dejado es infinitamente más grande que el espacio que ocupabas en mi almohada.

A mis oídos también ha llegado una frase que dice que el que comparte una almohada, comparte sueños.

Y es verdad, ya que mi vida a tu lado ha sido tan dulce que apenas he distinguido la realidad.

Ahora en nuestra casa reina el silencio. Ya no se oyen tus pasos sobre nuestra alfombra, ni tampoco tu risa: Esa melodía, que aunque a veces creo oírla por el pasillo sé que no es más que un espejismo. Y tampoco suena tu voz.

El silencio se ha llevado tu dulce acariciar de las palabras, tu forma elegante de volverme loco en cada sílaba... El silencio no hace más que recordarme tu ausencia.

Cuando te fuiste no murió nada dentro de mí, morí yo. La persona que fui desapareció porque tú le dabas sentido a cada respiración. Contigo era feliz. A tu lado olvidé para qué servía el lacrimal, aunque recientemente lo he usado demasiado.

Siempre tuve la esperanza de que la muerte no fuese más que una leyenda urbana, y que si fuera real, yo fuese el primero en marcharme, porque no podía imaginarme la vida sin ti. Y de hecho, no me la imagino.

Estés donde estés, te echo de menos.

FUMAR MATA

Me gustaría morir un rato
y veros las caras que ponéis en mi ausencia
Para que supieseis lo que habéis perdido.
Sho Hai (Sergio Rodríguez)

Cara: Caladas

–Hay una poquita de sangre en mi alcohol.

–¿Qué dices, tío?

–Creo que voy a vomitar...

Y de hecho, vomitó. Los zapatos de Luis, su amigo, se manchaban de restos de comida y flujos digestivos mientras éste era incapaz de reaccionar. Cosas de su novia, que lo adormece.

Cuando Pepe, tras arquear varias veces sin conseguir vomitar más, se incorporó, Luis se percató del estropicio.

–Tío, tío, tío. Apunta para otro lado, hermano.

–Lo siento.

Pepe se limpió los restos de baba de la comisura de los labios mientras emitía la disculpa. A su vez, Luis sacó un mechero del bolsillo.

–Es un problema, hermano, pero no hay nada que mi novia no solucione.

–¿Otro porro, Luis?

–Digo, –dijo mostrándoselo como si fuese un tesoro– otro buen beso en la boca del amor de mi vida.

Pepe le miró con asco. No sabemos si esa era la única cara que podía poner tras haber devuelto, pero el caso es que ese gesto fue el que acompañó sus palabras:

–Puf, yo creo que me voy a ir pa l kelly ya, loco. No me encuentro bien.

Luis le miró sorprendido, exagerando, como si no fuese capaz de creérselo:

–¿Cómo? ¿Pero tú te has visto? Ni de coña, tío, no puedo dejar que te presentes así en tu casa. Tienes toda la cara de mi pié por debajo.

–¿Y qué hago? Estoy fatal.

–Mira tío, tú no te ralles –dijo, encendiéndoselo –que tú le das un besito a mi novia y te pones como nuevo. Te devuelve vida, vamos.

Pepe miró con desconfianza el canuto que le tendía su amigo.

–¿Seguro?

Luis hizo un gesto con los hombros.

–No, pero bueno, por probar.

* * *

–Vaya guapo.

Pepe ya no estaba mal. Finalmente no había sido sólo un beso, sino toda una hora de pasión con las novias de Luis. Y es que tras la primera vino otra, y otra. Luis parecía un herbolario ambulante.

–¿Has visto tío? Te dije que era mano de santo.

–Sí, de Santa María.

Ambos comenzaron a reírse a carcajadas como si aquello fuese el mejor chiste que habían oído en su vida.

Supongo que la sensación de que la vida se te está acabando hace que en nuestro afán de disfrutar cada minuto exageremos las cosas. Y es que Pepe no lo sabía, pero estaba a punto de caerse al suelo.

Su cara pasó de la risa a la seriedad más absoluta, y Luis le miró como el que investiga a través de un microscopio.

—¿Qué te pasa, tron? Parece que hayas visto un fantasma.

No sabemos si lo que vio Pepe fue un fantasma o un poni de colores, pero el hecho es que a los dos segundos estaba en el suelo, inconsciente.

—Tío, tío, tío. Me cago en lo más sagrado. Despierta tío, no te hagas el gracioso.

Luis le daba auténticas bofetadas para despertarle, pero no había manera. Eran las cuatro de la mañana y la calle estaba desierta. Su móvil, sin batería.

Cuando a la mañana siguiente Pepe se despertó, estaba en el hospital. Bueno, a decir verdad no fue a la mañana siguiente, pero es que el pobre chico tenía el sentido del paso del tiempo bastante atrofiado tras casi rozar el coma.

Cuando miró a un lado vio a sus padres, durmiendo como podían en unas butacas que no se hicieron pensadas para dormir. Cuando miró para el otro lado, vio un gotero, y más allá otro paciente que reposaba en su camilla, dormido.

Sin embargo, a la que no encontró por más que miró una y otra vez cada esquina de la habitación fue a la novia de Luis, de la cual no podía dejar de necesitar, aunque fuese por última vez, uno de esos besos que te devuelven la vida.

Cruz: Calados

- Siempre supe que moriría de cáncer.
- Ricardo, cállate de una vez.
- Te lo juro, siempre tuve ese sexto sentido.
- Tú estás colgado.
- Y tú equivocada.

La sala de espera de los hospitales es un lugar extraño, pensé. La gente está preocupada por sus seres queridos o incluso por ellos mismos, sin poder pensar en otra cosa. Sonreí. Me resultaba gracioso.

- ¿Qué haces, Ricardo? ¡Guarda eso!
 - Disculpe, caballero, aquí está prohibido fumar.
- Miré a mi mujer y al médico con mala cara.

–¿Prohibido? ¿En serio? ¡Me estoy muriendo! ¡Eso sí que está prohibido!

–Señor, o apaga ese cigarro o le tendré que pedir que se vaya.

- Vale, vale –dije alzando los brazos –ya lo apago.

Le di una última calada y lo tiré al suelo. Sin embargo, mientras lo pisaba, otra vez volvieron a molestarme.

- ¡Ri-car-do! ¿Qué se supone que estás haciendo?
- Oiga caballero, recoja esa colilla.
- Qué cruz.

La recogí y la tiré a la papelera con un gesto ceremonioso. Entonces me paré y miré a mí alrededor. Todos los presentes me miraban anonadados.

- ¿Qué miráis?

Entonces las madres giraron las cabezas de sus hijos, los hombres volvieron a fijar la vista en el periódico atra-

sado que habían encontrado en la mesita de la sala, los adolescentes se volvieron a poner sus auriculares y todo siguió como si nada. Pero ya estaba cansado de hacer como si nada.

—¡Eso es! ¡Olvídenme! Qué fácil es olvidar y qué difícil es ser olvidado, eh. Uno a punto de morir y a la gente pelándosela.

—¡Ricardo!

—¡Que te calles, María! Ya estoy harto, harto, harto. Déjame tranquilo.

Cogí y encendí otro cigarrillo. Las madres volvieron a prestarme atención, los hombres decidieron que yo era más interesante que las noticias atrasadas y los adolescentes pausaron sus reproductores de música.

—¡Señor! ¡No se lo vuelvo a repetir! ¡Apague ese cigarro!

—¿Y si no qué? —Dije con sonrisa burlona —Deja que lo adivine, ¿Vas a llamar a seguridad?

—¡Seguridad!

El médico se fue buscando a los guardas. Yo seguí fumando.

—Ya me jodería ser tan previsible.

—¡Ricardo!

Otra vez la pesada de mi mujer.

—Que te calles —dije, arrastrando las vocales —que me tienes harto.

La sala estaba enmudecida. Eso me gustaba.

—¿Sabéis una cosa? Tengo cincuenta y siete años y estoy muerto. Esto es lo que me ha matado.

Subí la mano que contenía el bastoncillo incandescente y se lo mostré al público. Mí público.

—Esto, damas y caballeros, es lo que me da la vida cada vez que lo enciendo, pero que a la vez me mata poco a poco. Tengo cáncer de pulmón.

No sé si la gente es capaz de empatizar con un loco desconocido, pero desde luego lo pareció.

—¡Ricardo!

—¡Que me dejes, joder! ¡Qué cruz!

Entonces llegó el seguridad y se acabó la historia. Yo, como un manso corderito, recogí mi voluntad y fui tras de él sin rechistar. Eso sí, con la cabeza bien alta y sin apagar el cigarro, pese a la insistencia del personal sanitario. Y es que qué menos que si voy a morir, viva hasta el final.

NO TE OLVIDES

Ojalá al morir sólo me arrepienta de no seguir viviendo.

Alejandro Berraquero (AB)

Cara: Sentimientos Incomprendidos

¿Nunca has sentido que tus cuerdas vocales tienen forma de sogas y que cuánto más intentas decir más te ahogas? Así me siento yo ahora mismo. Otra vez.

Intento hablar, pero mi boca se abre y se cierra sin articular ni una sola sílaba. Como si me hubiesen perforado el pulmón, noto que necesito todo el aire del mundo para cada palabra. Siento que no importa lo que sienta ahora mismo porque nadie va a poder entenderlo. Nadie va a ser capaz de comprender la sensación que me oprime el pecho cuando veo cómo mi abuela me mira pero no me ve. Cuando no me distingue, no me reconoce. Nunca nadie podrá abrazarme ni decirme que todo va a salir bien cuando sé que mi abuela me ha olvidado.

Triste, ¿Verdad? Parece duro, pero lo es aún más. Sé que con dieciséis años no tengo ni idea de lo que es la vida ni del dolor que ésta provoca. Sé que cualquier adulto ajeno al drama se acercaría a mí, me daría una palmadita en la espalda y me diría: Ánimo, chico, que todo va a salir bien.

Pero no, nada va a salir bien. Ojalá todo se redujese a eso, a que mi abuela no me recordase. Pero eso no es más que la primera zancada para comenzar la maratón de

sensaciones que desembocan del hecho de que mi abuela Matilde tenga Alzheimer.

En un día cualquiera de un fin de semana al azar, me despierto, me enfundo en mi bata y voy a la cocina. Allí está mi abuela.

Todas las mañanas pienso lo mismo. ¿Se acordará de mí? Es como una lotería de la que no conoces las reglas y en la que te pueden estafar en cualquier momento, a diferencia de que no me juego dinero, sino sentimientos.

Después del intercambio de saludos con mi abuela que puede ser mejor o peor dependiendo del día, veo a mi madre haciéndose un café.

Segundo golpe en tan sólo unos minutos, éste en la boca del estómago. Mi madre no está bien.

Las mujeres cuando salen a la calle, generalmente se arreglan y se maquillan, y eso las hace sentirse más guapas, mejor. Sin embargo mi madre no sale porque debe estar día y noche pendiente de mi abuela, lo cual cambia el rímel y los coloretes por las ojeras y la tristeza. No puede dormir bien, no descansa porque debe de estar en estado de vigilia constante, por si mi abuela se despierta en medio de la noche.

Durante los primeros meses de la enfermedad, Matilde vivía en su casa, pero al no poder estar sola, una mujer la cuidaba. Cuando el Alzheimer avanzó, mi abuela tuvo que venirse a vivir con nosotros, ya que empezó a insultar y agredir a su cuidadora.

Al principio en mi casa le fue bien. Mi madre, que está en paro, la trataba como si fuese una niña chica. Jugaban y

se reían. Todo iba tan bien que incluso vaciamos el piso de mi abuela y le dimos las llaves de éste a su dueña, dado que era alquilado. Pero una vez más, la enfermedad continuó avanzando y todo cambió.

Hoy día lo peor son las tardes. Es el momento en el que a ella se le cruzan los cables y empieza insistir en querer irse a su casa porque su madre –la cual lleva años fallecida –la está esperando. Entonces debemos cerrar las puertas e intentar distraerla con distintas ideas para que no quiera irse. Sin embargo, es inútil. Ella no para.

Hace poco leí que no hay nada más triste que ver llorar a una madre. Pero eso no es verdad. No hay nada más triste que ver cómo tu abuela llora y acusa a su hija de ser la culpable de ese llanto, mientras ella, tu madre, intenta contener las lágrimas en el sofá. Tu padre la abraza y tú miras ensimismado la escena con los ojos encharcados.

Hoy escribo esto aquí porque lo necesito, porque sé que el que lo lea aquí va a entenderme. Hoy me desahogo manchando un folio en blanco porque sé que si intentase contarle todo esto a alguien tan solo abriría y cerraría la boca sin poder decir nada.

Supongo que hay sentimientos que no sirve de nada expresar cuando crees que nunca nadie podría entenderlos. No sé. Al menos por eso me los callo yo.

Lo que sí sé es que nunca dejaré de querer a mi abuela. Y es que a pesar de que con los años hayamos pasado de ir yo de su mano al cruzar la calle a agarrarse ella a la mía para ir del salón a la cocina, nunca la olvidaré.

Aunque ella a mí sí me haya olvidado.

Cruz: ¿No te acuerdas?

Cada vez que te veo con la mirada perdida recuerdo todo lo que hemos pasado juntos. Todos los consejos que me has dado para ser mejor persona... Tantas y tantas horas que ha ido matando el tiempo.

Desde que me tuviste por primera vez en tus brazos hasta que tuviste consciencia de que era tu hijo estuviste a mi lado. Aunque nunca te haya dado motivos para que estuvieses orgulloso de mí, aunque en más de una ocasión he fracasado, tú has estado ahí apoyándome. Creyendo en mí.

¿No te acuerdas, papá?

Yo recuerdo con nitidez una vez en concreto en la que me demostraste que aunque el mundo me diese la espalda tú nunca me la darías. Y es que yo, el pobre idiota que escribe estas palabras, he estado acusado de asesinato. Acusado de levantar un arma y disparar a una mujer inocente. Acusado de matar a alguien, de loco. Y por mucho que yo lo negase, la acusación estaba ahí. Por suerte, tú también lo estuviste para creerme.

Y estuve en la cárcel. Cinco largos años privado de libertad por un delito que no cometí. Impusieron en mi consciencia el cadáver de una mujer a la que nunca mataría y que si pudiese, resucitaría. Porque yo la quería. Pero eso es otra historia...

¿Sabes qué se siente? Los que decían que me entendían no tenían ni la más mínima idea. No podían ni imaginarse la rabia, la frustración, la desesperación y la impotencia que se siente. Puedes gritar, puedes llorar, puedes amenazar... Pero no sirve de nada.

Me habría vuelto loco de no ser por ti y tu apoyo incondicional. Tus llamadas y tus visitas cada semana contándome que el mundo era aún más bonito cada día y que estaba ahí, esperándome afuera.

Si hubiese podido volver atrás, habría salido a correr entre la hierba, habría ido al campo, a la playa, habría subido al pico más alto que vieses mis ojos y habría hecho los viajes más largos que pudiese.

Pero no pude volver atrás.

A los cinco años, tres meses y once días se demostró mi inocencia.

El día que volví a sentirme libre tú fuiste el que estuvo compartiendo conmigo un abrazo. Ese abrazo que llevaba tanto tiempo deseando dar. Un abrazo que era felicidad en estado puro.

¿No te acuerdas, papá?

Yo intento devolverte todo lo que hiciste por mí. Cada día de mi vida, y más aún desde que te diagnosticaron la enfermedad.

Fue hace unos años, cuando empecé a notar tus cambios de humor, tu agresividad... Pero no fue hasta que me preguntaste por mamá que no me quedó claro que algo te pasaba.

Estábamos en el salón. Yo acababa de escribir un capítulo nuevo y tú lo leías con una sonrisa en la boca. Como siempre, te encantaba.

Y cuando acabaste y alzaste la mirada del texto me dijiste:

—¿Por qué no se lo enseñas a tu madre? Seguro que le encanta.

Fueron esas palabras, exactamente esas palabras. Suenan en mi cabeza como si las acabase de escuchar. “¿Por qué no se lo enseñas a tu madre?”. “Seguro que le encanta”.

Esa frase solo tiene una interpretación. No te acordaste de que el crimen por el que se me encerró en la cárcel y que en realidad nunca cometí fue el asesinato de tu esposa. De mi madre.

Al día siguiente fuimos al médico y, de nuevo, la vida se reía de mí y de ti recordándonos lo injusta que es. Las pruebas demostraban que padecías el mal de Alzheimer.

He pasado miedo papá. Mucho miedo. He sentido que cada minuto que pasa te he ido perdiendo. Que te he ido perdiendo a manos de una de las peores enfermedades que existen.

El Alzheimer mata. Pero mata la memoria. La mente. Lo que nos hace ser nosotros mismos. En otras palabras, tu cuerpo sigue ahí, tus pulmones respirando, tu corazón bombeando, pero tú eres sustituido por otro. Por una versión tuya cruel. Violenta. Inhumana.

En otras palabras: Mueres pero tus seres queridos te siguen viendo día a día, contemplando lo que queda de ti con la mirada perdida. Con la misma mirada que tienes ahora.

Sé que no eres consciente de todo lo que me has dicho a causa del avance de la enfermedad. Sé que no sentías las palabras que salían de tu boca. Pero aun así dolían.

El verdadero golpe de efecto del Alzheimer es el olvido. Todos tus recuerdos van muriendo con el paso de las semanas sin que puedas hacer nada, sin que ni siquiera seas

consciente de ello. No hay nada peor en este mundo que verte reflejado en las pupilas de tu padre y no ver ni el más mínimo reconocimiento en ellas. Verlas vacías, sin vida.

Y no hay cura. Sé que morirás sin reconocerme, sin acordarte de mí. Sé que mientras te leo estas letras, para ti todo suena ajeno, suena sin sentido. Sé que en una hora no te acordarás de esta desesperación que me parte el alma en dos.

Papá, soy tu hijo. ¿No te acuerdas?

AGRADECIMIENTOS

Tengo que agradecerle estas páginas a mucha gente, ya que no son sólo un libro, sino el fruto de diecisiete años de vida que me han hecho ser como soy, que me han convertido en alguien capaz de escribir y transmitir lo que siente mediante las palabras.

Sólo cuando acabas un proyecto que ha durado años –desde que empecé a escribir a este momento –y miras atrás es cuando te das cuenta de toda la gente que te ha estado empujando, desde los grandes gestos a los pequeños detalles. Por eso, este apartado del volumen va a ser largo, porque voy a intentar darle las gracias a todo el mundo, aunque sea imposible.

En primer lugar, empezando por el final, quiero decir que esto no sería posible con tan pocos errores sin la ayuda de José Ángel, María, Cornelia y todos los demás que me han ayudado a corregir el libro. Sin embargo, no se podría haber corregido tan pronto sin el entusiasmo de todos aquellos que cada dos por tres me preguntaban cómo iba el libro, a la vez que me exigían páginas para dar su opinión. Aun así, ni siquiera me habría planteado escribirlo si no fuese por todos aquellos que me regalaron una visita al Blog, un comentario, un tuit de apoyo o una reseña. Tampoco sería lo que es si no llega a ser por todos esos que, en lugar de alagarme como hacía la mayoría, me criticaban duramente diciendo que yo podía hacerlo mejor.

A todos vosotros, que sabéis quienes sois, gracias.

Las casualidades me han hecho ser como soy. Esas casualidades tienen nombre y apellidos, y si ellas no hubiesen estado ahí en los momentos de mi vida en los que estuvieron, estas palabras no serían posibles.

Por eso quiero dedicar mi satisfacción personal a Rachid, porque aunque ya apenas nos veamos hemos compartido media vida, a Andrés, porque a pesar de los altibajos si no me hubiese vacilado nunca me habría propuesto llegar más lejos que él, a Candela por esos años de amistad. A María Isabel, a Sara, a Chari y a Rosa, porque me han enseñado qué es la confianza y el cariño. A Virginia, María Esteban, a Martetita, a Luz María, a Elena y en definitiva, a todos mis roteños que además de hacer que mis veranos sean fantásticos, me quieren. A Mercedes, a María Ángeles, a Lucía, a Nuria, a Pablo y a todos los compañeros que al llegar a clase me han dicho: El relato de ayer es fantástico. A Carmen y a María por alegrarme las mañanas. A todos los tuiteros anónimos y no tan anónimos que siempre querían más. A todos los que me han hablado sin conocerme, sólo por darme la alegría de decirme que les encanta lo que hago. A todos y cada uno de los que forman una de las miles de visitas que tiene mi Blog. A Fernando, a Pepi, a Juanlu y a todos los profesores que leyeron mis tonterías y en lugar de quemarlas, me animaron a llegar más y más lejos. A Nuria, por ese año de amistad y esa insistencia en que me hiciese el Blog. A Alicia, por escucharme y por estar ahí. Simplemente por estar ahí. A Víctor, por no ser mi amigo y ser mi hermano, por leer con ganas mis asesinatos en lugar

de asesinarme. A Pepe, a Fran y a Adolfo, por hacerme feliz y mejor persona. A mi hermana, por ser tan grande, tan enana y aguantarme tanto. A mi padre, por leerme siempre el primero y por llorar de alegría cuando gané el último concurso. A mi madre, por todo. A Laura, por la felicidad y más.

Y gracias a César Mallorquí por sus libros, Joaquín Sabina por su música, a Adele por ayudarme a escribir y a Nach, Lechowski y todos los poetas que me han acompañado. Al rap, al que le he querido hacer un homenaje citando versos de algunos de mis letristas favoritos antes de cada pareja. A la música, por llevar conmigo desde los tres años, por darme la vida y por hacerme sentir.

Gracias a Salvador Garrido, mi eterno profesor, que fue mi padre en el mundo de las letras. A ti te dedico la pareja “estés donde estés”, porque aunque no seas mi abuelo o mi esposa, no te olvido.

Pero también quiero darte las gracias a ti, y a ti, y a ti por estar leyendo esto, por estar ahí sentado. Por haber compartido estos sentimientos y estas historias conmigo. Sé que no son gran cosa, pero también sé que la próxima vez que me leas seré mejor porque pretendo llegar mucho más lejos.

Un abrazo, os quiero.

Hasta que se colapse la inspiración.

“...y la vida siguió como siguen las cosas
que no tienen mucho sentido”

Joaquín Sabina

